
CIENCIA
FICCIÓN
ENSAYO
PARA UNA
INVASION
LOUIS
G. MILK

ENSAYO PARA UNA INVASION

LOUIS G. MILK

Ediciones TORAY
Arnaldo de Oms, 51- 53 Dr. Julián Alvarez, 151
Barcelona Buenos Aires

Depósito Legal: B. - 22.970 - 1970

Printed in Spain - lmpreso en España

lmpreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Capítulo primero

Muchos de los que transitaban aquella mañana por la acera repararon en el rótulo de la tienda recién abierta y pensaron que se trataba de un truco de publicidad para atraer clientela. Otros, los menos, pensaron que el dueño estaba chiflado.

Y no faltó quien, naturalmente, ni se fijó en la tienda. Era la hora de acudir al trabajo y había que darse prisa.

A media mañana, cuando la gente estaba en el trabajo, empezaron a salir las amas de casa para sus compras. La tienda se hallaba en uno de los lugares más céntricos de la población y, como es natural, también atrajo la atención de más personas.

Algunos, incluso, se rieron. Uno de los que, en lugar de reírse, se quedó perplejo, fue el guardia Tomás Buckett, a cuyo cargo estaba la demarcación en que se encontraba la tienda.

- ¡Vaya! - resopló el buen Tomás - ¡Eso no lo había visto jamás!

Se quitó la gorra y se rascó el cogote, mientras releía una y otra vez el rótulo de la tienda y anuncios complementarios:

BAZAR MARCIANO
Artículos importados de Marte.
¡Lo mejor de la artesanía marciana!
Precios baratísimos.

- Artículos importados de Marte - bufó el guardia - . Pero si apenas acabamos de establecer una base permanente en la Luna...

¿Entraría a investigar?, se preguntó Tomás. Había bastante clientela en la tienda. Mujeres, sobre todo.

Tomás miró a través del escaparate. Sólo había un hombre atendiendo a las compradoras.

Era un sujeto alto, muy robusto, de facciones cuadradas, pelo oscuro y tez ligeramente rojiza. Sonreía cortésmente y su amabilidad parecía encantar a las compradoras.

Tomás acabó por decidirse a entrar, si bien lo hizo en un momento en que la tienda había quedado vacía por unos momentos.

- Hola - saludó el dueño muy sonriente - . ¿En qué puedo servirle, agente?

- Soy Tomás Buckett y tengo a mi cargo la vigilancia de este sector durante el día - se presentó el policía- . He leído el rótulo dar

su tienda y me ha llamado la atención.

- No ha sido usted el único, agente Buckett - contestó el dueño.

- Oiga, no irá usted a decirme que vende artículos traídos de Marte, ¿verdad?

- ¿Por qué no? Vea, ¿qué le parece esta pitillera? Cristal cíe roca marciana, con características semejantes en un noventa por ciento al diamante terrestre. Irrompible, a menos que le pase un tanque por encima. Baratísima, guardia. Su precio es de cinco centavos.

Tomás se quedó boquiabierto.

- Y este florero del mismo material, ¿no es bellísimo? Su delicada estructura, su construcción aérea y los pétalos de la flor que simula, lo convierten en un objeto de arte único - continuó el dueño - . Precio de la pieza, seis centavos y medio.

- No se usan en el país los medios centavos - refunfuñó Tomás.

- Entonces, se lo dejaré en seis. ¿Qué le parece esta otra...?

- Un momento - cortó Tomás- . Usted ha abierto una tienda.

- Sí, en efecto, guardia, he abierto una tienda. - ¿Tiene todos los permisos legales? ¿Está al corriente de impuestos locales, estatales y nacionales? El dueño de la tienda metió la mano bajo el mostrador y sacó una carpeta que puso ante Tomás. - Toda la documentación está aquí - explicó - - - . En regla.

Tomás prefirió dar por buenas las declaraciones del comerciante.

- Gracias, confío en su palabra. Pero todavía no me ha dicho su nombre.

- Oh, sí, claro, qué descuidado soy - replicó el dueño- . Me llamo Itr Brgizz.

Tomás puso una cara de idiota imponente.

- ¿ltr...? - El resto del nombre se le atragantó y empezó a toser convulsivamente- . Oiga, jamás había oído un nombre igual - dijo, cuando al fin pudo hablar con normalidad.

- Eso no tiene importancia, guardia - contestó Brgizz- . En Marte es un nombre corrientísimo. ¿No me compra la pitillera?

Tres mujeres entraron en aquel momento en la tienda, parloteando como micos en la jungla. Tomás, aturdido, prefirió emprender una estratégica retirada.

Se sentía mal. Llamó al sargento de servicio y le pidió ser relevado.

- ¿Qué le sucede, Tomás? - preguntó el sargento, interesado por la repentina dolencia de su subordinado, de quien sabía poseía una salud de hierro.

- He visto a un marciano - contestó el buen Tomás en tono desmayado.

* * *

- Es indudable que la tienda de la Séptima Avenida ofrece objetos de artesanía curiosísimos y de un arte y elegancia sin par, a más de baratos, pero de lo que no cabe la menor duda es de que su dueño, el señor Itr Brgizz, ha sabido dar en el clavo de la publicidad, al denominar a su establecimiento «Bazar Marciano». No queremos con ello hacer propaganda del bazar, pero solamente señalar un fenómeno social digno de atención para nuestros televidentes:

la persuasión del cliente mediante un adecuado empleo de la publicidad y el «shock» mental que le induce a comprar en el momento y lugar adecuados. Y ahora, para terminar esta pequeña disquisición - concluyó el locutor de la emisora de T.V.- , recuerden que estas notas sociales de todos los días están patrocinadas por la conocida marca de detergentes «El Camello de Plata»

* * *

Stuart Brenn estaba en una esquina esperando a una joven con la que se había citado. Su aspecto era el lógico de un hombre en sus condiciones: vestido con elegancia y un ramo de flores en las manos.

Una muchacha pasó junto a él y le miró con curiosidad. Stuart la miró también.

Ella le sonrió. Stuart le sonrió a su vez.

Era una joven que aparentaba poco más de veinte años, de cuerpo felino, pupilas verdosas, pelo de ala de cuervo y sonrisa radiante. La audacia en su indumentaria era patente.

La joven vestía unos pantalones cortísimos, sujetos por dos tirantes, algo más anchos por la parte anterior que por la espalda, en donde se reducían a dos hilos. Debajo de los tirantes sólo llevaba la piel.

Calzaba zapatos de medio tacón, con gruesas suelas y dos tiras. Pendiente del hombro izquierdo, redondo y blanco, llevaba un bolso de tela negra.

- ¿Son para mí? - preguntó, señalando las flores. - Si las quiere... - contestó Stuart, embobado. Ella tomó el ramo de flores y las olió con fruición. - ¡Maravillosas! - dijo - . Me las quedo. Muchas gracias, señor...

- Brenn, Stuart Brenn - contestó el joven, descubriéndose

cortésmente.

Ella le dirigió una honda mirada por encima del ramo.

- Myra Shadd - se presentó - . Hola, Stuart. - - Hola, Myra.

- ¿Esperabas a alguien? =- A ti.

- Muy bien, en ese caso, ¿adónde vamos?

- Tengo el coche aquí cerca. Conozco un parador a doce kilómetros de la ciudad, donde se come estupendamente.

- Entonces, no se hable más. Vamos, Stuart.

La pareja echó a andar hacia el coche. Cuando arrancaban, una mujer empezó a gritar desde la acera:

- ¡Eh! ¡Aguarda, Stuart, que la cita era conmigo...!

Brenn no oyó siquiera a la defraudada muchacha con la que debía haber salido aquella tarde. Toda su atención se cifraba en Myra.

- Es la primera vez que te veo en la ciudad - dijo él al cabo de unos segundos- . Tú no eres de aquí, Myra.

- No, no soy de Villafeliz. Pero creo que me quedaré a vivir aquí.

- ¿Tienes empleo?

- Estoy buscándolo. Creo que pronto lo encontraré.

- Quizá yo pueda proporcionarte uno, Myra. - Ya hablaremos de ello en otro momento, Stuart.

* * *

Al hombre le dolían horriblemente las muelas.

Tenía una solución: ir al dentista, pero el sillón del odontólogo le infundía pánico.

Por dicha razón, cuando encontró una farmacia al paso, entró en ella sin vacilar y pidió:

- Por favor, deme algo para el dolor de las muelas, aunque sea un buen mazazo en la cabeza. El farmacéutico sonrió amablemente. Era un hombre alto, delgado, de piel un poco verdosa y ojos algo oblicuos.

- No es necesario recurrir a medios tan drásticos, señor - contestó- . Aguarde un momento. Preparó un vaso de agua y abrió una cajita de forma circular, en la que se veían algunas píldoras de color ámbar.

- Tómese una, señor - dijo.

El paciente lo hizo así. Cinco segundos más tarde, miró al farmacéutico con expresión maravillosa. - ¡Oiga, se me ha aplacado el dolor de muelas! - Claro que se le tenía que calmar - replicó el farmacéutico- . Es más, le aseguro que las muelas ya no le dolerán

más en toda su vida.

- A eso le llamo yo ser un benefactor de la humanidad. ¿Qué le debo, amigo?

- Un centavo.

- ¿Cómo? ¿Sólo un centavo por una droga tan maravillosa?

- ¿Por qué cobrar más de lo que vale en realidad una cosa?

El cliente sacó un billete y lo dejó sobre el mostrador.

- Guárdese la vuelta - dijo- . No tengo monedas de un centavo.

Y salió de la tienda, hinchado el pecho y lleno de alegría por haberse curado el dolor de muelas tan rápidamente y, sobre todo, de una manera tan sencilla.

La alegría que sentía le impidió fijarse en el rótulo de la entrada:

FARMACIA VENUSINA
Única autorizada para la venta del famoso
ELIXIR DE LARGA VIDA
Compre un frasco de nuestro elixir y,
¡Viva trescientos años!

* * *

- ¿Te gusta Villafeliz, Myra?

Ella sonrió, a :a vez que asentía.

- Es una ciudad maravillosa - contestó. - Pequeña, pero bonita y limpia. Las gentes son muy corteses y todos tenemos un gran sentido de la colaboración ciudadana. La delincuencia es prácticamente inexistente y, en general, la salud de los habitantes es magnífica.

- Entonces, por eso le llaman Villafeliz - sonrió Myra.

- Siempre se llamó así, pero ahora nunca mejor aplicado el nombre. Myra - dijo Stuart- , ¿puedo hacerte una pregunta?

- Sí, claro - accedió ella. - ¿De dónde vienes tú? Myra señaló un punto con la mano. Stuart sonrió. - Del norte - contestó.

CAPÍTULO II

- Supongo que este elixir habrá sido aprobado por la Comisión de Sanidad - dijo el guardia. - En efecto - contestó el farmacéutico- . ¿Quiere ver el certificado de aprobación?

- Me basta con su palabra. ¿Tiene los demás permisos en orden?

- Sí, señor.

El agente Pedro Lenart movió la cabeza. - Quién lo hubiera dicho, venderse en la Tierra un elixir venusino. ¿Es cierto que alarga la vida tanto como dice la propaganda?

- Compre un frasco por tres centavos y podrá comprobarlo. Una cucharada al año es suficiente, agente Lenart.

El guardia sacó una moneda y la puso sobre el mostrador.

- Esos precios ya no se estilan - dijo- . Aquí tiene diez centavos, señor... Por cierto, todavía no he oído su nombre.

- Me llamo Mu Gssfoss, agente - contestó el farmacéutico.

- Vaya un nombrecito - rió Lenart - : No me diga que es común en Venus.

- Pues sí, lo es. Gssfoss es allí un apellido muy corriente, tanto como Smith en este país.

- Ya, ya - dijo el guardia con sorna - . Y dice que una cucharada al año basta...

- En efecto, pero, a fin de que no olvide la fecha en que ha de tomar la dosis, yo le recomiendo lo haga el día de su cumpleaños.

- ¡Hombre, precisamente es pasado mañana, señor Gssfoss!

- En ese caso, permítame felicitarle por adelantado, guardia Lenart.

- Muchas gracias, es usted muy amable.

El farmacéutico envolvió cuidadosamente el frasco y se lo entregó a su cliente.

- Aquí tiene, señor. - Buenos días, señor Gssfoss. - Buenos días, guardia. Lenart salió a la calle.

- Lo que inventan algunos charlatanes para sacar cuartos a la gente - bufó- . En fin, si tiene permiso de la Comisión de Sanidad, ya no es cuenta mía que venda agua de regaliz embotellada.

Y como ya había terminado su servicio, se dirigió a casa con el frasco del elixir de larga vida en las manos.

* * *

- Stuart, ya tengo un empleo - dijo Myra. - ¿De verdad? No sabes cuánto me alegro. ¿Dónde trabajas?

- Con un científico, el profesor Becouny, no sé si habrás oído hablar de él...

- No, no le conozco. ¿Qué hace, Myra?

- Se dedica a experimentar... no sé qué, yo no entiendo muy bien de eso, pero no importa. Mi misión es ser su administradora y tomar notas de todo lo que él me dicte.

- Ah, vamos, una secretaria.

- Sí, eso es. El sueldo es muy bueno, Stuart.

- No sabes cuánto lo celebro, Myra. ¿Podremos cenar juntos esta noche?

- Oh, Stuart, de veras que lo siento. Esta noche tengo trabajo y me será imposible. Ya te llamaré en cuanto pueda, ¿de acuerdo?

- Sí, Myra, lo que tú digas. Repito: me alegro de que hayas encontrado una buena colocación. - Gracias, Stuart. Hasta la vista.

Brenn colgó el teléfono un tanto decepcionado por no poder ver aquel día a la muchacha, aunque contento por otra parte.

Myra iba a quedarse en Villafeliz.

- Es una muchacha guapísima y prudente... y puesto que yo soy soltero...

Con los ojos de la imaginación vio a Myra vestida de blanco y él a su lado, mientras sonaba la marcha nupcial. Se puso tan contento que no pudo evitar el saltar de alegría.

* * *

El guardia Roy Sánchez se detuvo, leyó el rotulo y dijo:

- ¡Caramba, esta taberna es nueva! Releyó los títulos por segunda vez:

BAR JUPITERINO
Los mejores vinos de Júpiter
¡Beba todo lo que quiera,
sin miedo!
Nuestros vinos no embriagan.
¡Sólo dan alegría!

- ¿Es cierto lo que dicen estos rótulos? - preguntó el guardia al dueño del local.

- Absolutamente cierto, agente - confirmó el tabernero- . ¿Quiere probar una copita Reserva 20.877? - Estoy de servicio - manifestó Sánchez- . Pero se lo agradezco de todos modos.

- La Reserva 20.877 es una de las mejores de las vides de Júpiter - aseguró el tabernero - . Tiene una fama enorme en todo el Sistema Solar.

- En la Tierra no se conocía - dijo Sánchez, siguiendo la broma a su interlocutor.

- Aquí desbancará a todos los otros vinos, créame. - Desde luego. Supongo que tendrá todos los permisos en regla.

- ¿Quiere verlos, agente...?

- Sánchez, Roy Sánchez. No me los enseñe, creo en su palabra, señor...

- Bmnlbï D - contestó el tabernero amablemente.

- ¿Cómo ha dicho?

- Bmnlbï D, agente Sánchez. - Vaya un nombrecito.

- Oh, no crea, en Júpiter es de los más corrientes, como el suyo en el país donde nacieron sus abuelos. - Sí, lo sé, pero el apellido... ¿D es un apellido? - Sí, en efecto.

- Yaya un apellido cortísimo. Es la primera vez que oigo un apellido con una sola letra.

- Oh, eso no es nada. Yo conocí a uno que tenía un apellido todavía más corto.

- ¿Más corto? Imposible. Bmnlbï D sonrió amablemente. - Se lo aseguro, guardia - dijo.

- ¡Pero no hay nada más corto que una sola letra.

- Mi amigo se llamaba 0 de apellido. Ya ve, no tenía ninguna letra su apellido.

- ¿Cero? - dijo Sánchez, turulato. - Sí, en efecto.

Sánchez se pasó una mano por la cara. - ¿Se siente mal? - preguntó D solícito.

El guardia miró a aquel extraño individuo de media estatura, tan delgado como un náufrago después de un mes en una balsa sin víveres, y con unos brazos desmesuradamente largos. D tenía el cráneo en forma de pera y los dedos parecían carecer de huesos, alargados, blanquecinos, como gusanos de gran tamaño.

- No, no es nada, señor D. Ya vendré a por una botella de su vino después de mi turno.

- Me sentiré muy honrado de contarle entre mi clientela - aseguró D formalmente.

* * *

- «Bazar Marciano», «Farmacia Venusina», «Bar Jupiterino», he aquí las últimas muestras de una nueva y afortunada publicidad que parece prometer resultados a sus autores. Los tres establecimientos mencionados se ven sumamente concurridos, aunque el fenómeno, a decir verdad, empieza a alarmar a algunos. Son los de siempre, claro, los retrógrados que se resisten a aceptar cambios...

Brenn cerró el televisor.

- Esta noche iré a tomar una copa con Myra al «Jupiterino» - se prometió.

* * *

- Profesor, si no me necesita, voy a salir - anunció Myra a través del interfono.

- Enterado, muchacha - respondió Becouny por el mismo medio - . Hasta mañana y que se divierta.

- Gracias, profesor.

Myra cerró la comunicación. Se dirigió hacia la salida, pero en el camino encontró un espejo y se detuvo para retocarse un poco el peinado.

Se miró complacida de su silueta. Estaba segura de que su nueva indumentaria agradaría a Stuart. - Es un muchacho muy agradable - dijo- Por cierto, todavía no sé en qué trabaja.

Se lo preguntaría luego, decidió, mientras percibía un leve zumbido que llegaba del laboratorio del profesor en el semisótano de la casa.

El zumbido creció de volumen, transformándose en un aullido que hizo estremecer a la muchacha. Pero casi en el acto, cesaron los ruidos y Myra respiró aliviada.

- Menos mal, creí que iba a explotar alguno de esos artefactos que tiene en el laboratorio.

Un tal John Morgan, que pasaba en aquellos momentos frente a la casa, también oyó el sonido, como cesó al instante, no le dio mayor importancia. Morgan acostumbraba a salir todas las tardes a dar

un paseo y conocía la existencia del profesor en la vecindad.

- Es un chillado - calificó, mientras continuaba su paseo.

* * *

- Primero tomaremos una copa en el «Jupiterino» - dijo Stuart. Luego iremos a cenar...

- ¿Un nuevo bar?- preguntó Myra.

- Sí, lo han abierto estos días y creo que tiene mucha clientela.

- Vamos, que se ha puesto de moda. - Exactamente. ¿Qué tal marcha tu trabajo? - Por ahora, no puedo quejarme. Oye, Stuart, por cierto, todavía no te he preguntado cuál es tu profesión.

- Soy abogado consultor, Myra. - ¿Qué significa eso, Stuart?

- Oh, la gente viene, me confía sus problemas y yo procuro darles una solución, de acuerdo con las leyes. Siempre que ese problema, por supuesto, tenga solución.

- Claro - sonrió ella - . ¿Es un buen empleo?

- Myra, yo soy mi propio patrón, de modo que no se puede hablar de empleo. Pero me defiendo. No puedo quejarme, en suma.

- Lo celebro muchísimo - dijo Myra complacida. Momentos después, llegaban al «Jupiterino».

- ¡Ahí va, qué propaganda! - dijo Myra - . Stuart,

¿Tú creces que la gente puede beber sin emborracharse?

- Es una forma de expresar las cosas - contestó él- , pero, claro, el vino, bebido sin moderación, siempre embriaga.

Entraron en la taberna, bastante concurrida en aquellos momentos. Además del dueño, había un par de chicas atendiendo en el mostrador y otras dos en las mesas.

Stuart y Myra tuvieron la suerte de encontrar dos taburetes libres en la barra.

- Dos copas de vino de Júpiter - pidió el joven. - Al momento, señor - contestó D.

Instantes después, Stuart levantaba su copa: - Por la chica más bonita que he conocido jamás - brindó.

Myra sonrió halagada.

- Gracias, Stuart. - Probó el vino y dijo- : ¡Es buenísimo!

Él también tomó un sorbo. Chasqueó la lengua y elogió:

- Tienes razón, es un vino excelente.

Levantó la copa y la miró al trasluz. La transparencia del vino era absoluta.

- Parece rubí líquido.

- Y da un optimismo extraordinario - dijo ella - Yo me siento muy contenta, Stuart. ¿Y tú? - Contentísimo - respondió el joven, mirándola tiernamente.

En torno a ellos, todo era alegría y risas, si bien con cierta moderación y sin estridencias desagradables. Las camareras no cesaban de ir y venir entre las mesas, cargadas con bandejas llenas

de copas de vino que se decía había sido elaborado en Júpiter.

Y aquél fue el momento elegido por John Morgan para entrar en el «Bar Jupiterino».

CAPÍTULO I I I

Nadie pareció fijarse en el recién llegado. Morgan avanzó hacia el mostrador y pidió una copa.

D parpadeó. - ¿Cómo?

- He dicho: Deme una copa de vino - repitió Morgan.

- Sí, ya lo he oído, pero, ¿dónde está usted? Morgan se irritó.

- ¿Cómo que dónde estoy? ¿Es que no tiene ojos en la cara? ¡Míreme, delante de usted mismo, hombre!

Atraído por la discusión, Stuart volvió la cabeza. Empezó a pensar si el vino de Júpiter producía visiones.

D se inclinó primero a su derecha y luego a la izquierda.

- Ah, ahora ya le veo - dijo- Chica, una copa para el señor - pidió -. Amigo, es usted tan delgado, que mirándole de frente no se le ve - añadió sonriendo.

Morgan hizo un gesto de enojo.

- No diga tonterías - rezongó- Peso ochenta y cinco kilogramos, de modo que, con mi estatura de un metro setenta y nueve, no puedo estar delgado. D sonrió.

- Usted está de broma, amigo. ¿Se llama «Papel de Fumar», por casualidad?

- Si cree que tiene, derecho a insultarme, se equivoca - contestó Morgan en tono belicoso -. ¿Acaso es usted el mejor cliente de su propio vino?

- Hombre, una copa de cuando en cuando... Pero, la verdad, nunca había visto a un hombre tan delgado como usted. ¿Es de naturaleza o fue de una enfermedad?

- Amigo, las narices se me empiezan ya a hinchar y cuando eso me sucede...

D soltó una estentórea carcajada.

- Si se le hinchan las narices, tendrá algo más gordo en el cuerpo - dijo en tono burlón -. Mírese, mírese en el espejo y verá si tengo o no tengo razón.

Detrás del tabernero había un gran espejo. Morgan se miró... y no se vio.

- ¡Eso es imposible! - chilló -. ¡Yo existo, soy opaco, no soy transparente!

Los gritos de Morgan atrajeron la atención de los presentes.

- ¡Es un egipcio! - dijo alguien, recordando los dibujos de perfil

de los ideogramas faraónicos.

- Un hombre pintado de perfil que anda - comentó otro jocosamente.

Morgan se tanteó el cuerpo.

- Pero... pero...

Stuart estaba profundamente perplejo. Myra tenía los ojos dilatados por el asombro.

Porque aquel hombre parecía un dibujo, a escala natural, de un ser humano pintado en un papel, recortado y dotado de vida y movimiento.

- ¡Increíble! - murmuró Stuart -. ¡Un hombre con sólo dos dimensiones!

Morgan lo oyó y se volvió hacia' él.

- ¿Ha dicho dos dimensiones nada más? - preguntó.

Las risas y el jolgorio habían cesado por completo en la taberna. Stuart se quedó estupefacto. Morgan resultaba prácticamente invisible visto de frente. Sólo si se fijaba la vista con gran atención podía verse una línea vertical, delgadísima, de color gris, casi transparente, cuya anchura no superaba el milímetro.

Stuart movió la cabeza lentamente de arriba a abajo.

- En efecto, dos dimensiones - confirmó -. Usted tiene longitud y latitud, esto es, anchura; pero le falta la tercera dimensión, llamada comúnmente grueso, altura o profundidad.

- «Papel de Fumar» - gritó uno -. ¿Quieres que te enrolle para llevarte a casa?

Morgan se llevó las manos a la cara. El gesto sólo pudo ser apreciado por quienes le veían de perfil.

- ¡Dios mío! ¿Qué me pasa? - sollozó -. ¿Por qué he perdido la tercera dimensión?

* * *

- Los médicos que atienden a Morgan están preocupadísimo por la extraña enfermedad que padece este sujeto, enfermedad de origen completamente desconocida. Lo curioso del caso es que Morgan puede alimentarse normalmente. Los alimentos, apenas entran en su boca, pierden también la tercera dimensión...

* * *

La señora Buckett se sentía contentísima.

- Jamás había tenido un florero igual - dijo -. ¿No te gusta?

- ¿Dónde lo has comprado, querida? - preguntó Tomás.

- En el «Bazar Marciano». Me costó baratísimo, sólo diez centavos. ¿Qué te parece?

Tomás estaba leyendo el periódico, donde veía la información relativa al hombre que había perdido una dimensión, y contempló el florero por encima de sus gafas.

- ¡Ugh! - gruñó.

- ¿Decías algo, querido? - preguntó la señora Buckett, retirada unos pasos para mejor apreciar la perspectiva del florero sobre la consola.

- No. Sólo dije « ¡Ugh! » - contestó Tomás. - Ya, un bufido.

- Sí.

- Hijo, no sabía que los floreros te dieran ganas de resoplar - se quejó ella.

- Sólo los floreros marcianos - masculló el agente.

Tiró el periódico a un lado y guardó las gafas. Luego se puso en pie.

- Me voy - dijo- Tengo que tomar el servicio. - De acuerdo, cariño. Cuando termines, cómprame unas cuantas rosas.

- Para el florero marciano, ¿verdad?

La señora Buckett no comprendía por qué su marido tenía que salir de su casa dando un portazo. Pero el florero... ¡era tan bello!

- Esa tienda no me gusta - dijo Tomas poco después en la Comisaría -. Voy a investigar a fondo.

- ¿Temes que el dueño sea un marciano de verdad ? - le preguntó el sargento irónicamente.

- A juzgar por el apellido, no me extrañaría en absoluto - contestó Tomás muy serio.

- Sí - admitió el sargento- , resulta preciso convenir en que el apellido se las trae, pero, Tomás, el señor Brgizz, como usted y como yo, no eligió a sus padres.

Tomás ya no contestó. Salió a la calle y, haciendo voltear su porra, caminó en dirección al «Bazar Marciano».

Antes de llegar a su destino, se encontró con una persona conocida.

- Hola, Tomás - saludó Stuart Brenn afablemente.

- Buenos días, abogado - contestó el guardia. Observó que llevaba un paquete en las manos y dijo- : Seguro que ha comprado eso en el «Bazar Marciano».

- Pues... sí - admitió Stuart, sorprendido- Es un regalo para una chica muy bonita y...

- Ya. Lo menos le ha costado diez centavos, ¿verdad?

- Es exactamente lo que he pagado - convino Stuart, sonriendo -. Pero ¿por qué le sorprende, Tomás?

El guardia meneó la cabeza.

- Esa tienda y su dueño no me gustan en absoluto - respondió- ¿Sabe cómo se llama?

- No, ni siquiera me he preocupado, Tomás. Dígamelo usted, por favor.

- Se llama Brgizz, un apellido, como usted puede apreciar, netamente marciano.

Stuart se quedó mirando al guardia con aire de perplejidad. ¿Tenía fiebre Tomás?

- Adiós, abogado - se despidió el policía- Voy a investigar esa maldita tienda...

Stuart se alejó en dirección a su despacho, situado en la misma acera, circunstancia por la cual conocía bastante al guardia. Se dijo que a Tomás le convenían unas vacaciones, después de lo cual desvió sus pensamientos hacia Myra.

Era algo mucho más agradable.

Mientras, Tomás había llegado a la tienda.

El dueño atendía a una mujer. Tomás esperó a que la cliente se hubiera ido para expresar sus deseos.

- Quiero hablar con usted, señor Brgizz - rnanifestó.

El comerciante sonrió.

- Estoy a su disposición - contestó.

- El otro día me dijo usted que tenia todos los documentos en regla.

- Sí, es cierto.

- Si no le importa ¿querría enseñármelos? - No faltaría más, agente - accedió Brgizz -. Pero los tengo en la trastienda. ¿Quiere usted pasar, por favor?

- Desde luego.

Los dos hombres entraron en la trastienda, de la que volvieron a salir diez minutos más tarde. Un matrimonio de mediana edad esperaba ser atendido junto al mostrador.

- No hay ninguna duda - dijo Tomás -. Todo está en orden, señor Brgizz.

- Celebro infinito que lo haya visto, agente.

- Yo también me siento muy satisfecho, señor Brgizz. Hasta la vista.

- Hasta que guste, señor Buckett.

Tomás salió cíe la tienda. Brgizz se encaró con el matrimonio.

- ¿En qué puedo servirles, señores? - preguntó cortésmente.

* * *

- Continúa el estado bidimensional de John Morgan, en el que no se aprecia ningún cambio fundamental. Todas las funciones físicas del paciente se desarrollan con entera normalidad, pero los médicos continúan manifestando su ignorancia e impotencia para resolver el problema del hombre que perdió una dimensión...

* * *

- ¡Hombre! - dijo Pedro Lenart -. Ya no me acordaba que tenía que tomar una cosa el día de mi cumpleaños.

- ¿Qué es, Pedro? - preguntó su mujer. - EL elixir de larga vida, Annie.

- Ah, ya, esa pócima que venden en la «Farmacia Venusina. No sé cómo hay incautos que se dejan el dinero en algo que no vale ni la décima parte de lo que cuesta.

- Bueno, ya sé que es agua de regaliz coloreada, pera por tomarme una cucharada no me va a pasar nada, digo yo.

- Te purgará - advirtió Annie Lenart con pesimismo.

Lenart no hizo caso de su mujer. Destapó el frasco y Llenó una cuchara, cuyo contenido ingirió de inmediato.

- ¿Sabe bien, al menos? - preguntó ella.

- ¡Delicioso! - contestó Pedro, chasqueando la lengua -. ¿Quieres tú una cucharadita?

- - Bah, bah, no me vengas con tonterías. No hay medicina que Ie haga vivir a uno trescientos años - Bueno, todo consiste en tomarse una cucharadita cada año... durante tres siglos - contestó Pedro lerdo estrepitosamente su propio chiste.

Pero casi en el acto sintió un vigor y una euforia como no había sentido desde los veinte años. Quiso probar sus músculos y flexionó el brazo derecho.

El tejido de la camiseta saltó. Annie también saltó al oír el ruido.

- ¡Pedro! ¿Qué es eso? - exclamó.

- Fíjate, qué musculatura - dijo éI, muy complacido -. Estoy cromo en mis mejores tiempos. Toca, toca, músculos de hierro, Annie.

Ella puso los dedos sobre el brazo, ahora al descubierto al haberse roto la camiseta.

- A mí no me engañas tú - dijo -. Haces ejercicio en el gimnasio de la Policía.

- ¡Te juro que no! ¡Eso ha sido cosa del elixir...! Ella le miró con pena.

- Los hombres - dijo -. Aunque sean policías, son tan ingenuos como niños. ¡Mira que creer que ese elixir da fuerzas de Hércules repentinamente!

* * *

De nuevo se produjo el zumbido Myra, molesta dejó de teclear en la máquina.

- ¿Qué hará ese hombre ahí abajo? - murmuró -. ¿Es que: no se da cuenta de las molestias que causa a la vecindad?

El zumbido alcanzó un volumen aterrador durante un segundo y decreció con brusquedad. Myra respiró aliviada.

- Al menos, tiene la ventaja de la brevedad - se dijo.

Y siguió tecleando.

En la calle, un tal Philip Yardley avanzaba hacia su automóvil, que había dejado estacionado junto a la acera.

Yardley silbaba alegremente. Era agente de seguros y acababa de conseguir una buena póliza.

Ya se veía ocupando un puesto de ejecutivo en la compañía. Era de los agentes más eficientes y su jefe se Io había dicho más de una vez.

Silbando, Yardley alargó lo mano, abrió la portezuela de su automóvil, entró... ¡y se encontró sentado en la calzada, al otro lado del vehículo!

Yardley se quedó atónito.

- No es posible que haya entrado en el coche como se me tirase de lo alto del trampolín de la piscina - murmuró.

Se puso en pie, frotándose las doloridas posaderas y se acercó al vehículo Abrió la portezuela del lado de la calzada y pasó al otro lado sin dificultad alguna.

Yardley parpadeó.

- Juro que todavía no he bebido una sola copa. - masculló.

Echó la cabeza hacia atrás luego adelante después a derecha e izquierda.

- ¡Pues visto de perfil, parece norma!...

¡Pero de frente el automóvil resultaba casi invisible!

Yardley se pasó una mano por la cara. Empezó a llorar.

- Mi coche, mi coche nuevo... Se ha convertido en un recorte de periódico...

Así lo encontraron los sanitarios de la ambulancia que, avisada

por un alma caritativa, vino a buscarle con grandes aullidos de su sirena.

* * *

- El asunto de la pérdida de una dimensión no es un fenómeno exclusivamente biológico. El automóvil del señor Philip Yardley tiene solamente longitud, y anchura, pero ha perdido el grosor. O, si se prefiere, tiene longitud y altura y ha perdido la anchura. Cómo eso, es un vehículo de sólo dos dimensiones, y en este caso no hay la normalidad del caso Morgan, ¿por qué?, ¿quién se sienta en un plano de menos de un milímetro de grosor para hacer que el vehículo arranque y funcione?

* * *

- ¿Qué está ocurriendo en la ciudad, Stuart? - preguntó Myra.

- Ocurren cosas raras de un tiempo a esta parte - respondió el ,joven, mientras removía el azúcar de su taza de café -. Los científicos están intrigados, pero no han podido resolver aún el asunto de la pérdida de una dimensión en dos elementos tan dispares como son un hombre y un automóvil.

- Un ser vivo y un objeto inanimado - dijo ella. - Sí, en efecto. Nadie se lo explica y menos todavía, los expertos de la compañía constructora del automóvil, enviados para hallar una explicación a ' tan singular fenómeno.

- Sí, son dos casos que empiezan a despertar la atención mundial. Confiemos en que, de todas formas, se resuelvan pronto.

- Y satisfactoriamente, sobre todo, para los interesados.

Myra sonrió.

- Bebe de resultar horrible verse convertido en una lámina andante - comentó en tono jovial. - ¡Horrible! - confirmó Stuart con la sonrisa en los labios.

CAPÍTULO IV

Al atardecer de aquel día, Pedro Lenart, a punto de terminar su ronda, paseaba tranquilamente por la acera cuando, de pronto, vio salir a dos tipos de una tienda, los cuales caminaban muy presurosos.

Uno de ellos iba estrechamente abrazado a un saquete de tela negra. El otro llevaba la mano derecha en el bolsillo y miraba a su alrededor con gesto hosco.

Había un automóvil estacionado junto a la acera y casi frente a la tienda. Los dos sujetos se encaminaron con paso rápido hacia el vehículo.

A Lenart le dio muy mala espina el aspecto de la pareja. De repente, se oyeron unos gritos en el interior de la tienda.

Lenart se detuvo un instante. El dueño de la tienda salió a la puerta, vociferando escandalosamente:

- ¡Ladrones! ¡Socorro! ¡Policía! ¡Me han robado! Al oír los gritos, uno de los ladrones se volvió, sacó su pistola y disparó.

La precipitación le hizo fallar el tiro y el proyectil dio junto a la puerta de la tienda, pero fue suficiente para que el dueño se metiera dentro de un salto. Lenart vio la acción a unos diez metros de distancia.

Vaciló durante una fracción de segundo. Tenía la porra en la mano. Si la cambiaba a la otra y sacaba la pistola de reglamento, perdería un tiempo precioso, habida cuenta de que el atracador ya tenía su arma en la mano.

En un instante tomó su decisión. La porra voló hacia delante, cuando el atracador volvía el arma hacia él.

Era una buena porra de fresno y alcanzó al sujeto en pleno estómago, haciéndole dar un salto y caer de espaldas dos metros más allá. Lenart quedó asombrado de los resultados de su acción.

Pero no permaneció quieto, haciéndose elogios a sí mismo. El otro ladrón, el que llevaba el botín, había saltado ya al automóvil y estaba dándole a la llave de contacto.

Pedro se lanzó hacia delante. Le bastaron dos zancadas para alcanzar al automóvil, justo en el momento en que arrancaba como un cohete.

El policía llegó una fracción de segundo tarde, aunque no tanto que no pudiera inclinarse y agarrar con ambas manos al

parachoques trasero. Pedro clavó los pies en el suelo y el automóvil se detuvo en seco.

El conductor salió despedido y se golpeó contra el parabrisas. Pedro corrió a la portezuela delantera, agarró al individuo por un brazo y tiró de él—

Lo malo fue que se olvidó de abrir la portezuela. El cuerpo del ladrón fue quien la abrió, haciendo saltar la cerradura y las bisagras.

Los periódicos dijeron al día siguiente que los dos ladrones habían ido a parar al hospital con diversas fracturas y contusiones. El dueño de la tienda, una acreditada joyería, dijo que, de no haber sido por la valerosa intervención del agente Lenart, habría sufrido una pérdida superior a los treinta mil dólares.

Pedro no dijo nada. Estaba muy ocupado tratando de averiguar de dónde había sacado aquella fuerza física que habría dejado en ridículo a la legendaria de Sansón.

* * *

Stuart Brenn abrió la puerta de su despacho y contempló unos instantes a la mujer que aguardaba pacientemente en la antesala.

- Entre, señora Buckett - invitó.

Luisa Buckett se puso en pie. Era una mujer de unos treinta años, de mediana estatura y algo regordeta, pero todavía muy atractiva.

- ¿Cómo está, abogado Brenn? - saludó. - Encantado de verla, señora - contestó Stuart -. Siéntese, por favor.

- Gracias.

Luisa se sentó frente a Stuart, éste tras la mesa de despacho.

- ¿Puedo serle útil en algo, señora? - preguntó. - Eso me gustaría - respondió Luisa -. Precisamente he venido a verle a usted, porque necesito de sus consejos.

- ¿Dificultades matrimoniales, tal vez? - sugirió Stuart.

- Lo ha adivinado, abogado.

- Me deja asombrado, señora. Siempre creí que Tomás y usted estaban muy unidos.

- Hubo un tiempo en que así era, pero desde hace algunos días, Tomás ya no es el mismo. Stuart ofreció de fumar a su visitante.

- Vamos, hable con franqueza - dijo- ¿Qué le pasa a mi buen amigo Tomás?

Luisa expulsó una bocanada de humo. Estaba muy nerviosa, adivinó el abogado.

- Le encuentro un poco raro. Distraído, falto de atención hacia mí, come mecánicamente, no lee apenas, no atiende la televisión...

- ¿Exceso de trabajo?

- En absoluto. Lleva meses enteros sin hacer una hora extraordinaria.

- ¿Crisis pasajera? Me refiero a nervios, naturalmente.

- No lo creo. Todavía no ha dado una voz más alta que otra ni le tiemblan las manos. Es... francamente, algo que no entiendo.

- De modo que opina que no se trata de una dolencia física.

- Yo diría que no, aunque, claro, carezco de conocimientos físicos. Pero hay momentos en que me parece que Tomás ya no es el mismo.

- Bueno, eso suele pasar a veces en todos los matrimonios. Tenga un poco de paciencia, señora Buckett; Tomás será pronto el mismo de antes.

- Sí, pero, ¿por qué duerme en la habitación de los huéspedes?

Stuart miró perplejo a su visitante. - ¿Cómo dice?

- Abogada, ¿me encuentra usted repulsiva? - preguntó Luisa.

Stuart se paso un dedo por el cuello de la camisa.

- Bien, si me lo permite, le diré que es usted una mujercita con muchos atractivos, digna de que los hombres vuelvan la cabeza a su paso.

- Gracias, abogado. Yo también lo pensé así, hasta que, de pronto inexplicablemente, Tomás se fue a dormir a la habitación de los huéspedes. Eso ocurrió la semana pasada y desde entonces no ha vuelto a dormir en nuestra habitación.

- Empiezo a adivinar lo que sospecha usted, señora Buckett - dijo Stuart.

- Sí. Otra mujer - admitió Lusa.

- Mal asunto- murmuró el abogado -. ¿Qué quiere que haga yo en este caso, señora?

- Sólo comprobar la existencia de ese lío de faldas. El resto quedaría de mi cuenta.

- ¿Cómo? No irá a decirme que solucionaría este problema por la tremenda - dijo él, alarmado. - Por supuesto que no - sonrió Luisa -. Pero entonces le daría a usted vía libre para que procediese legalmente. ¿Se encargará del asunto, abogado? Stuart asintió.

- Lo haré con mucho gusto - accedió -. Sólo deseo que sus sospechas sean infundadas y que la actitud de su marido obedezca a una crisis que un buen psiquiatra podrá curar fácilmente.

- Lo dudo mucho - contestó Luisa en tono lleno de desconfianza.

* * *

- ¿Otro vasito, Julián? - Llénalo, Roy.

El guardia Sánchez tomó la botella y llenó los dos vasos. Su amigo Julián Marquina saboreó el vino con gesto complacido.

- Nunca he probado nada semejante - declaró. - Ya te Io dije yo - sonrió Sánchez, guiñándole un ojo -. Ni siquiera vuestras cepas dan un vino semejante.

Media hora más tarde, habían vaciado ya tres botellas. Marquina estaba pasmado.

- Me siento contento, eufórico, lleno de alegría... pero tendríamos que estar borrachos como cubas - dijo.

- Este es un vino que se puede beber impunemente - declaró Sánchez -. Vamos, echa otro trago Cayeron dos botellas más. Marquina contempló la etiqueta.

- « Vinícola Jupiterina» - leyó -. ¿Dónde diablos tiene esa compañía sus viñedos?

- En Júpiter, naturalmente - rió el guardia -. En comparación con este vino, los que elaboráis en la Californian Vineyard's son una porquería.

- Ya puedes asegurarlo - declaró Marquina -. Oye, tú sabes que yo trabajo en el laboratorio de la «Californiana». ¿Podría llevarme una botella para analizar el vino?

- ¿Para qué crees que te he llamado, Julián? - contestó Sánchez.

* * *

-...es sólo una simple transposición de la dimensión temporal, la cual, interpolándose con las otras tres dimensiones en circunstancias adecuadas de espacio y tiempo, puede producir efectos negativos que absorban dichos espacio y tiempo, confundiéndolos en una sola entidad intemporal y extrafísica. Páselo a limpio y déjeme los apuntes sobre mi mesa de trabajo, señorita Shadd.

- ¿Tiene alguna cuenta que presentarme? - No, profesor, todo está ea orden. - Gracias, señorita. Eso es todo por hoy. - Sí, profesor.

Myra se puso en pie. Becouny quedó junto a su mesa de despacho, examinando con atención unos papeles que tenía ante sí.

La joven vaciló un instante. Becouny se dio cuenta de que Myra estaba parada ante la mesa. - ¿Ocurre algo, señorita? - inquirió el profesor. Myra contempló a Becouny. Era un hombre de unos sesenta años, alto, delgado, de mirada aguda y ademanes nerviosos.

- Es... se trata... No sé si lo habrá leído usted en los periódicos - dijo Myra, titubeante.

- ¿Qué es lo que he debido leer en los diarios, señorita?

- Los casos del hombre y el automóvil que perdieron la tercera dimensión, convirtiéndose en entidades planas, de sólo dos dimensiones.

- Yo no leo diarios - refunfuñó Becouny -. Me cargan, siempre dicen lo mismo. Cuando no mencionan guerras o catástrofes, publican discursos de políticos chapuceros y arribistas, o se deleitan con los relatos de las celebridades mundanas. Cualquier periódico de hoy es igual a uno de cincuenta años atrás y a otro que se publique dentro de otros cincuenta años. Sólo variará la ropa, sobre todo, la de las mujeres.

Myra enrojeció.

- Es usted muy cáustico, profesor - comentó. - Digo la verdad - rezongó Becouny -. Hace cincuenta años todavía se hablaba de exploraciones en África. Hoy se habla de exploraciones en la Luna. Dentro de medio siglo se hablará de exploraciones en Júpiter. Pero aquí abajo seguiremos siendo tan estúpidos como siempre.

- Una opinión muy tajante - observó ella. - Pero irrefutable. ¿Qué dijo antes acerca de la pérdida de una dimensión por un hombre y un automóvil?

Myra se lo explicó pacientemente. - ¡Paparruchas! - barbotó el profesor- ¿Por qué habría yo de encontrar una explicación a esos fenómenos?

- Bueno, usted se dedica a eso...

- Jovencita, lo que yo hago son algo más que simples experimentos de física recreativa y no tienen nada que ver con las tonterías que cuentan los periódicos.

- Se lo dije porque usted mencionó las dimensiones en su último dictado - alegó Myra.

- Por ahora, no son más que simples elucubraciones, que habrán de ser estudiadas a fondo, antes de que se conviertan en axiomas. Pero nada de lo que se refiere a ese incidente tiene interés para mí.

- Siento haberle molestado - se disculpó la muchacha.

Becouny esbozó una sonrisa.

- Discúlpeme usted a mí - pidió- . Tengo el genio un poco vivo y no siempre sé contenerme. - Sí, profesor.

Becouny agitó una mano.

- Ande, ande y diviértase. Esos apuntes no me corren prisa; igual puede sacarlos en limpio mañana. Usted es joven y necesita algo de expansión. Diviértase, repito.

- Gracias, profesor. Hasta mañana. - Buenas noches, señorita.

Myra abandonó la casa del profesor poco después. Las preocupaciones que había sentido se le disiparon bien pronto al pensar que un hombre joven y guapo estaba aguardándola con un ramo de flores en la mano.

CAPÍTULO V

- Es la cuarta copa que me rompes en lo que va de semana, sólo con tocarla con los dedos. ¿Cuándo te vas a fijar en lo que haces, Pedro?

El guardia Lenart captó en el acto el tono irritado de su esposa y contempló melancólicamente los restos de la copa que yacían en el suelo. - Lo siento, nena - se disculpó- . Debí de apretar más de la cuenta.

- Desde que te ha dado por hacer de Sansón, están insoportable - refunfuñó Annie- . Ya sé que eso te sirvió para capturar a los dos ladrones y que el joyero te dio una buena recompensa, pero no debes tomarlo como pretexto para destrozarme la vajilla.

- Procuraré tener más cuidado, Annie.

Pedro se acercó a su mujer y la besó tiernamente en la mejilla.

- Hasta la tarde - se despidió.

Pedro fue a la Comisaría, tomó el servicio y se encaminó a su sector. Lo primero que hizo fue dirigirse a la «Farmacia Venusina».

- ¿Qué tal, señor agente? - le saludó el farmacéutico apenas le vio entrar por la puerta. - Hola, señor Gssfoss - contestó Pedro- Querría hacerle algunas preguntas...

- Estoy a su disposición. ¿De qué se trata? - Verá, tomé la cucharada de su elixir y...

- Una magnífica medicina para alcanzar una gran longevidad - sonrió Gssfoss - . No es porque lo diga yo, pero los laboratorios médicos de Venus gozan de fama interplanetaria en este asunto.

Lenart miró a su interlocutor, pensando que Gssfoss se había vuelto loco de remate. Pero no, el farmacéutico parecía hablar completamente en serio.

- Bueno, de modo que voy a vivir trescientos años - dijo.

- Mínimo garantizado - puntualizó Gssfoss.

- No está mal. Pero esa pócima, ¿aumenta también las fuerzas físicas?

- - ¡Naturalmente! La longevidad depende, en gran manera, de la fortaleza física del cuerpo, amigo Lenart.

- Hombre, si usted lo dice... Ahora me gustaría una cosa, señor Gssfoss.

- ¿Qué es, agente?

- El primer día que abrió la farmacia me dijo que tenía todos los

documentos en regla.

- Y así es. ¿Quiere leerlos? Están en mi despacho, en cl interior. Pase, pase, se lo ruego.

Lenart siguió al farmacéutico. Diez minutos más tarde, volvieron a salir los dos hombres.

Había una señora esperando. Lenart se despidió de Gssfoss.

- No hay la menor duda, todo está en orden - dijo el guardia.

Lenart abandonó la farmacia. Gssfoss se encaró con la mujer.

- ¿Tienen ustedes un producto terrestre tan vulgar como es la aspirina? - preguntó ella, con un acusado sentido del humor- . Sólo se trata de un vulgar dolor de cabeza.

Gssfoss sonreía.

- Le daré aspirinas de Venus - contestó- Una sola tableta curará sus jaquecas para siempre. Jamás le volverá a doler la cabeza, señora.

* * *

Stuart abrió la puerta y dijo: - Entre, por favor, señora Buckett.

Luisa pasó al despacho. Una vez sentada, miró al abogado.

- Lo siento - dijo Stuart- . En la vida de su esposo no hay nada que nos permita abrigar ni de lejos la sospecha de una infidelidad.

- Es increíble - murmuró la mujer- . No comprendo qué puede ocurrirle, la verdad.

- ¿Por qué no consulta a un psiquiatra? A mi entender, es la mejor solución, señora Buckett. - Sí, eso es lo que haré - convino ella - . Abogado, dígame el importe de sus honorarios, por favor. - Ya le enviaré la minuta por correo - sonrió Stuart.

Por la tarde, se reunió con Myra. - ¿Cómo va tu trabajo? - preguntó.

- Bien, estupendo - contestó ella sonriendo- . ¿Y el tuyo?

- Ahorrando, Myra. - ¿Eres ahorrador?

- Mujer, pienso que dentro de poco tendré que mantener un hogar... cuando me case contigo, claro - le guiñó un ojo alegremente.

- Eso que he oído, ¿es una petición de mano, Stuart?

- Yo diría que sí; al menos, con esa intención lo he dicho.

Myra sonrió. Alargó el brazo a través de la mesa y puso su mano sobre la de Stuart.

- Hablaremos del asunto en mejor ocasión - dijo. - ¿Me rechazas? - preguntó él, decepcionado.

- No... - Myra vaciló ligeramente - . Sólo quiero decirte que lo

estimo prematuro todavía.

Stuart lanzó un suspiro.

- Esperaré todo lo que quieras - prometió. Callaron un momento. Luego él, despacio, dijo: - ¿Sabes, Myra? Aquel día, cuando nos vimos por primera vez, yo estaba parado en una esquina, con un ramo de flores en la mano.

- Lo recuerdo perfectamente, Stuart.

- Yo estaba citado con otra chica. Me gustaba mucho y, como no me gusta mentir, te diré que sentía un vivo afecto hacia ella. Quizá hubiéramos terminado casándonos.

- Lo siento, Stuart...

- No, no lo lamentes, porque yo no lo lamento en absoluto. Tú pasabas por allí, me miraste, sonreíste y preguntaste si aquellas flores eran para ti. Yo contesté que sí y desde entonces no ha habido otra mujer para mí.

Myra se emocionó.

- Oh, Stuart, no digas esas cosas tan maravillosas - murmuró.

- Es la verdad, querida. A veces pienso si posees poderes mágicos.

- ¡Qué absurdo! - rió ella algo nerviosamente - ¿Me crees una bruja?

- En todo caso, la bruja más hermosa del mundo. Me tienes hechizado, Myra, lo confieso.

- Esperemos un poco todavía - rogó Myra - . ¿Me prometes tener paciencia?

- No podría negarte nada, querida - contestó él solemnemente.

* * *

Roy Sánchez leyó por enésima vez el telegrama que acababa de recibir, enviado por su amigo, el enólogo:

VINO ESTUPENDO i HIP! MAGNÍFICO i HIP! PERO
¿QUÉ CLASE DE ALCOHOL ¡HIP! CONTIENE QUE NO
EMBORRACHA? ANÁLISIS LABORATORIO NO INDICAN
SUSTANCIAS FUERA DE LO NORMAL EN UN VINO
PROCEDENTE DE UVAS, LOS iHIPS! SON BROMA.

Sánchez sonrió. Su amigo Marquina había tenido siempre un acusado sentido del humor.

Pero en aquel vino que se podía beber a barriles sin que pasara nada malo había algo raro. Y él estaba dispuesto a averiguarlo.

Media hora más tarde, estaba frente al señor D. - ¿Una copa, agente? - invitó el tabernero. Sánchez paseó la vista a su alrededor.

- Esto progresa de maravilla - comentó. - Sí, ya tengo seis chicas para servir a la clientela - sonrió D - . Le invité antes a una copa...

- Estoy de servicio, gracias. Oiga, ¿es cierto que su vino procede de las vides de Júpiter?

- Por supuesto, agente. Yo no me atrevería a mentir en la propaganda. Tengo que decir la verdad de lo que vendo.

- Ya - murmuró Sánchez pensativamente - . Mire por donde, nunca había oído que hubiese viñas en Júpiter.

- Júpiter es un planeta poco conocido - sonrió D - . Pero es maravilloso.

- Me lo supongo. Oiga, ¿dónde están los documentos de su bar?

- Los tengo adentro, en el despacho. ¿Quiere verlos?

- Me gustaría. No es que no me fíe de usted, señor D, pero, ya sabe, los reglamentos...

- Comprendo - replicó el tabernero - . Nancy, hágase cargo de la barra mientras yo converso en mi despacho con el agente Sánchez.

- Sí, señor D - contestó la camarera. Sánchez salió diez minutos más tarde.

- Los documentos están en regla, efectivamente. Discúlpeme, amigo.

- No hay de qué, agente Sánchez.

* * *

- El doctor Vladimir Kaspartovich, que se encuentra de viaje en nuestro país, dando una serie de conferencias sobre la especialidad médica en la que es maestro indiscutible, visitó ayer a John Morgan en la clínica donde se encuentra internado, quedándose admirado del extraño fenómeno que representa un ser humano que ha perdido una de sus dimensiones y que, a pesar de todo, realiza normalmente sus funciones fisiológicas. El doctor Kaspartovich opina que tal vez una degeneración de los genes hereditarios...

* * *

Stuart tomó el teléfono, marcó un número y esperó.

- Casa del doctor Becouny - oyó a poco una voz femenina.

- Hola, Myra - dijo Stuart- . Quiero hacerte una proposición.

- ¿De qué se trata? - preguntó la muchacha.

- He recibido dos invitaciones para el baile anual de la Policía.

Ya sabes, es un asunto benéfico y uno no se puede negar.

- Comprendo, Stuart. Quieres que te acompañe.

- Si no te molesta...

- ¿Cuándo es?

- Pasado mañana, a partir de las siete - y media de la tarde. Refrescos y bocadillos gratis.

Myra rió alegremente.

- Pero nada de alcohol - exclamó.

- Por supuesto, ni siquiera ese vino de Júpiter del que se dice se puede beber todo lo que se quiera sin emborracharse.

- Está bien, combinaré mi trabajo para estar dispuesta a esa hora. Mañana no podremos salir juntos, Stuart.

- Me resignaré - suspiró él- Adiós, preciosa. - Adiós, querido.

Stuart miró el teléfono con aire maravillado. - Me ha dicho «querido» - murmuró, lleno de contento.

* * *

- Nos llevamos su automóvil, señor Yardley. La compañía le resarcirá a usted con uno nuevo y del mismo modelo.

Yardley se encogió de hombros.

- Con tal de que no se me vuelva otro recorte de periódico - dijo-. ¿Cómo se lo van a llevar ustedes, señor Fuller?

Horatio Fuller era el jefe del equipo de investigadores de la fábrica de automóviles, que había acudido a Villafeliz al tener noticias del accidente. Junto a él, había otro individuo, serio y taciturno, que no había despegado los labios un solo momento.

Fuller había presentado al sujeto como el señor Jones, simplemente. A Yardley le daba la sensación de que Jones era un seudónimo.

- Ahora verá usted, señor Yardley - sonrió Fuller - . ¡Teeny!

Un hombre acudió en el acto. - ¿Jefe?

- Nos llevamos el auto del señor Yardley. - Bien, jefe.

Teeny dio media vuelta. Con él había dos o tres hombres más, todos ellos pertenecientes a la compañía automovilística.

- Vamos, muchachos, manos a la obra.

Los operarios tenían ya instrucciones. El automóvil había sido llevado al garaje particular de Yardley, en cuyo interior se hallaban todos.

Teeny y otro hombre pusieron el coche horizontal sobre el suelo. Luego, sin el menor esfuerzo, empezaron a arrollarlo sobre sí mismo, hasta que quedó un cilindro de algunos centímetros de

grosor y menos de dos metros de longitud.

Acto seguido, Teeny sujetó el rollo con dos simples gomitas y se lo colocó sin dificultad bajo el brazo.

- Éste es el mejor medio que conozco de solucionar las dificultades de estacionamiento - exclamó con alegría.

Fuller se despidió de Yardley.

- Adiós, hasta la vista. Mañana mismo tendrá sin falta su coche nuevo a la puerta de casa.

Fuller y sus ayudantes se marcharon. Entonces, Yardley se quedó a solas con el tétrico señor Jones.

CAPITULO VI

- Debo interrogarle, señor Yardley - manifestó Jones con voz sin entonación - . Pertenezco al gobierno.

- ¿F.B.I.? - sugirió Yardley.

- Algo por el estilo - contestó Jones en tono evasivo- . Se trata de su automóvil.

- Me lo suponía. Pregunte todo lo que quiera, señor Jones; estoy dispuesto a colaborar incondicionalmente con el gobierno.

Jones hizo una ligera inclinación de cabeza.

- Gracias - murmuró - . Sospechamos el empleo de un arma secreta de nuevo estilo, señor Yardley. - ¿Los rusos? - preguntó Yardley, que era muy patriota.

- Los rusos... o los chinos, o quienquiera que haya descubierto el modo de «robar» una dimensión a las personas y a los objetos. No importa tanto quién, sino cómo lo han hecho y cuáles son sus proyectos, ¿comprende?

- Sí, señor Jones.

Yardley contestó puntualmente a todas las preguntas que se le hicieron y muy especialmente a las que se referían a los momentos precedentes al hallazgo de su automóvil bidimensional, así como el lugar en que había ocurrido el accidente.

Al terminar, el señor Jones se despidió de Yardley, inflado de orgullo- . Si «ellos» desembarcan, aquí estaremos aguardándoles para golpearles duro y sin piedad.

* * *

- ¿Te gusta la fiesta, Myra?

La muchacha sonrió. Tenía los ojos brillantes y las mejillas encendidas, a causa de la excitación del momento.

- Es maravillosa. Un poco ingenua, pero estupenda - calificó.

- Bueno, los policías no pueden organizar una fiesta estilo «hippie» - contestó el abogado- El caso es que podamos divertirnos honestamente.

- De todas formas, luego me llevarás a tomar una copa de vino.

- ¿Jupiterino? - ¿Por qué no?

- Pero ahora tienes sed. Espera y traeré un par de refrescos.

- Gracias, Stuart.

Myra se sentó en una silla y sacó un cigarrillo. Ahora vestía con cierta moderación, debido a la calidad de la fiesta. De todas formas, las miradas masculinas convergían sobre ella casi continuamente. Stuart se abrió paso entre la espesura humana y llegó a la mesa donde estaban los refrescos. El rumor de las conversaciones llegaba a sus oídos atropelladamente, confuso, zumbador.

Había algunas muchachas que atendían a los invitados. Estaban muy ocupadas y Stuart tuvo que esperar unos momentos para que le sirvieran.

Una mujer, detrás de él, dijo casi indignada: - Anda, anda, vete con tus amigotes. Jesús, y qué hombre éste; más pareces un palo que un ser humano. Cualquiera que no te conociera diría que no eres de carne y hueso. Ah, hola, Luisa, ¿cómo estás? ¿Que si estoy enfadada? Bueno, la verdad es que estoy que exploto. Mi esposo lleva una temporada que parece otro...

La voz de la mujer se apagó de pronto. Stuart se dio cuenta de que cuchicheaba algo al oído de la otra.

- ¿Cómo? ¿Es cierto lo que me dices, Juanita? - Ya lo has oído, Luisa. Un poste, lo que se dice un poste. No sé si estoy viuda siguiendo casada o qué, pero si esto sigue así mucho tiempo, tendré que llevar a Roy al psiquiatra.

- No te hará nada; a mi esposo no le hizo nada - dijo Luisa Buckett- . Ni tampoco consiguió nada con Pedro Lenart. También a Annie le pasa lo mismo que a nosotras...

Stuart consiguió al fin que le sirvieran los refrescos y pudo reunirse con Myra. Se sentó a su lado y tomó un par de sorbos con aire pensativo.

- ¿Qué te sucede? - preguntó la muchacha- Pareces preocupado...

- Lo estoy - confesó él- Hace días vino una mujer a hacerme una consulta legal sobre la actitud de su esposo. Es la esposa de un policía precisamente.

- ¿Y eso motiva tu preocupación, Stuart?

El joven le contó el caso de la señora Buckett. Sabía que podía confiar en Myra.

- Sí que es extraño - comentó ella- De modo que son tres mujeres de policías las que tienen el mismo problema.

- En efecto. Ya te he dicho que lo he oído por casualidad y el hecho de que se hayan producido tres casos análogos me ha preocupado no poco.

- ¿Por qué no hablas con ellas, a ver si sacas algo en limpio? - sugirió la muchacha.

- Sondearé primero a la señora Buckett; no quisiera obrar precipitadamente, Myra.

- Claro que sí, Stuart. Anda, olvídalo ya por esta noche y vamos a ver si nos divertimos un poco.

* * *

El señor Jones se detuvo en el punto exacto donde Yardley había dejado estacionado su coche y examinó con detenimiento los alrededores.

Los edificios de la vecindad pertenecían todos a gente de clase media acomodada. Casas de uno o de dos pisos, con piscina la mayoría, todas con jardín y garaje y hasta su cobertizo para asar carne al aire libre. Muy típico norteamericano todo.

Pero ¿qué cosa más lógica que los agentes secretos de una potencia extranjera quisieran pasar desapercibidos, viviendo y actuando como auténticos americanos?

Un oscuro zumbido se elevó de pronto en el tranquilo atardecer. Jones miró con recelo a derecha e izquierda.

El zumbido se transformó en chillido agudísimo, pero no seguido, sino con ligerísimas alternativas de volumen, de ondulaciones sonoras muy rápidas. Parecía como si estuviesen disparando con una ametralladora de nueva especie.

Los ruidos cesaron de repente. Jones creyó localizar su origen.

Era demasiado pronto para hacer una investigación. Volvería pasada la medianoche, se prometió, Regresó al hotel y se acercó a la recepción. - La llave del cincuenta y siete - pidió.

La azafata que atendía el mostrador en aquel momento se volvió y pegó un respingo.

- ¿Eh? ¿Quién está ahí? - exclamó, asustada ¿Quién me habla escondido bajo el mostrador? Jones se impacientó.

- Señorita, no hay nadie escondido bajo el mostrador - dijo- . Soy Mcwyn Jones, el huésped del cincuenta y siete, y estoy justamente freno: a usted.

La chica forzó la vista. De pronto, creyó ver una línea delgada, gris, casi transparente, delante de sus ojos.

- ¡Anda! - se echó a reír- . Otro que ha perdido una dimensión - exclamó, pues se acordaba del caso Morgan.

Jones se quedó helado.

- ¿Cómo? ¿Que he perdido...? ¡Pero si yo no noto nada, señorita! - tronó.

La azafata se inclinó a derecha e izquierda y luego se tendió casi

atravesada sobre el mostrador. - Su caso es peor - dijo- . Usted ha perdido dos dimensiones.

- ¡Rayos! - juró el huésped- . Eso no me lo creo yo...

Su llave estaba sobre el mostrador. Jones la agarró y echó a correr hacia la escalera que conducía a los pisos superiores.

La azafata vio desaparecer la llave y empezó a sentir miedo. Le pareció que lo más conveniente era llamar a la policía y eso fue lo que hizo sin pérdida de tiempo.

Mientras, Jones había llegado a su cuarto. Lo primero que hizo fue ponerse delante de un espejo. Sentíase aterrado. La recepcionista tenía razón. Era sólo una línea vertical, apenas perceptible. Giró varias veces a derecha e izquierda, pero no observó ningún cambio en su aterradora situación. - Morgan es más afortunado que yo - se lamentó- , Al menos, él conserva dos dimensiones.

De pronto, se notó empapado en sudor. - Tomaré una ducha - decidió- . Puesto que ando y respiro normalmente, a pesar de existir solamente con una sola dimensión, es lógico que igualmente pueda darme una buena ducha.

Fue una decisión equivocada. Jones se metió en la bañera y abrió el grifo a toda potencia.

El golpe de agua lo derribó al suelo. Quiso luchar, pero era una sola dimensión contra tres.

El líquido lo arrastró rápidamente hacia el sumidero. Convertido en una fina línea de grosor inferior al milímetro, Jones se sintió arrastrado por las cañerías de desagüe hacia la cloaca. Lo lógico en sus circunstancias era morir ahogado y así sucedió.

Y también era lógico que su cadáver no pudiera ser encontrado jamás.

* * *

- La recepcionista del «Hotel Palladium», Rosa CacColt, asegura que uno de los huéspedes apareció de pronto reducido a una sola dimensión. Avisada la policía, se personó en el cuarto del señor Jones, hallando que éste había desaparecido misteriosamente, aunque sin llevarse su equipaje. El enigma que este caso plantea supera, si es cierto, al de John Morgan, quien continúa sobreviviendo normalmente con sus dos dimensiones...

- Un hombre que perdió dos dimensiones - murmuró Stuart Brenn, que había oído la noticia en la televisión.

- ¿Será un arma secreta? - dijo Myra, sentada a su lado.

- Sí, de los marcianos - contestó él con amargo sarcasmo.

- No hay marcianos, Stuart.

- Es una frase hecha, Myra. Pero no cabe duda de que hay algo que no funciona bien en Villafeliz. - ¿Se va a convertir esta ciudad en Villadesgracia? - Si esto sigue así, no me cabe la menor duda, Myra.

* * *

- ¿Señora Buckett?

- Sí, yo misma. ¿Quién es?

- Escuche, señora; le habla el abogado Brenn. ¿Cómo se encuentra usted?

- Perfectamente, abogado. Mi único problema ya lo conoce usted - contestó Luisa.

- Por lo visto, ni siquiera el psiquiatra ha podido resolverlo.

- Así ha sido, en efecto.

- Y todo continúa igual entre ustedes. - Sí, abogado.

- Pero por lo que yo sé, no es usted la única en encontrarse en un caso semejante.

- ¿Cómo lo sabe usted, abogado? - se sorprendió Luisa.

Stuart sonrió.

- Ya se lo explicaré en otro momento - dijo - . Ahora por favor, ¿tendría la bondad de ponerse en contacto con las otras dos señoras que se quejan del mismo «mal» que el suyo? Me agradaría conversar con ustedes tres a la tarde o a la hora que les vaya mejor. ¿Lo hará, señora Buckett? Aprecio mucho a Tomás y por eso quiero ayudarles.

- Con mucho gusto, señor Stuart. Ya le telefonearé más tarde.

- Muchas gracias, es usted muy amable, señora Buckett.

CAPÍTULO VII

Las tres mujeres eran aún jóvenes y bastante bien parecidas. Puesto que no parecían existir motivos de infidelidad, resultaba extraño el desvío de unos esposos en apariencia sanos, mental y físicamente.

Stuart había expresado a las mujeres una advertencia previa: todo cuanto se hablase en el despacho sería rigurosamente confidencial, por lo que esperaba no le ocultasen nada que pudiera perjudicar sus acciones.

Luisa, Annie y Juanita se mostraron de acuerdo. - Empiece a preguntar- invitó la primera. - Gracias - sonrió Stuart - . Para el comienzo di remos que nos hallamos ante tres casos análogos. Y los tres se dieron con escasas diferencias de tiempo. - Mi esposo se fue a la habitación de los huéspedes el once de mayo- dijo Luisa.

- El mío, al día siguiente.

- Roy lo hizo el mismo día que el de Annie - manifestó Juanita Sánchez.

Stuart tomaba notas de las respuestas.

- ¿Qué hicieron sus esposos ese día? ¿Notaron en ellos algo de particular?

- Mi marido rezongó algo acerca de un florero marciano que yo había comprado. Por la mañana, en el baño, le oí mascullar sobre el disparate que representaba vender unas cosas tan bonitas a un precio tan irrisorio - dijo Luisa Buckett.

- Si el vendedor quiere arruinarse - sonrió irónicamente Stuart - . ¿Qué más?

- Tomás decía que aquella tienda no podía estar en regla y que tendría que mirar su documentación y hablar a fondo con el dueño. No me lo dijo a mí; hablaba consigo mismo frente al espejo del baño.

- Lo que significa que estaba muy preocupado. - Sí.

- ¿Ha mencionado después el «Bazar Marciano»? - No, ya no se ha acordado más de él.

- Bien - dijo el abogado- , ahora usted, señora Lenart.

- Mi caso es el de la «Farmacia Venusina» - dijo Annie.

- Hable, por favor- invitó Stuart.

Annie declaró detalladamente cuanto sabía, incluyendo lo referente a la prodigiosa fuerza física de su marido.

- Pero ya no le rompe más copas - dijo Stuart, cuando ella hubo terminado su declaración.

- No, ahora su fuerza es normal.

- ¿Cree que fue a la «Farmacia Venusina» para hacer algo parecido a lo que hizo Tomás?

- No me extrañaría en absoluto. Pedro estaba muy preocupado por aquella prodigiosa fuerza física que se le había desarrollado sin saber cómo.

- ¿Tomaba alguna droga vitalizadora ? Annie soltó una risita.

- Buenos filetes - contestó -. Porque, vamos, una no va a creer que el elixir de larga vida fuese el origen de sus fuerzas hercúleas.

- Tal vez, tal vez - dijo Stuart sonriendo -. Ahora usted, señora Sánchez.

- El vino. Le preocupaba mucho a Roy - dijo Juanita.

- ¿Por qué?

- Era imposible, decía, beber muchas botellas de vino sin emborracharse en absoluto. El vino del «Bar Jupiterino» debía de tener truco.

- Y... ¿lo tiene?

- Sé que Pedro envió una muestra para su análisis a un amigo suyo, técnico de las Californian Vineyard's.

- Déme la dirección de ese amigo, por favor, señora Sánchez.

Stuart volvió a hacer una anotación en su libreta. Formuló todavía varias preguntas más y terminó: - Voy a pedirles un favor, señoras. Avísenme inmediatamente que noten la menor variación en el estado de sus maridos. Y, por supuesto, todo lo que se ha hablado aquí quedará entre nosotros cuatro. Gracias a las tres.

- Haga todo lo que pueda; estamos muy preocupadas - pidió Annie Lenart.

Stuart le dirigió una sonrisa de ánimo.

- Váyase tranquila, pero tenga paciencia. también - contestó.

* * *

- Al menos son tres casos análogos, relacionados con las tiendas «extraplanetarias» - declaró Stuart -. Cada uno de los afectados era policía en el sector donde está una de esas tiendas y el comportamiento, en los tres casos, es idéntico.

- Resulta preocupante, ¿no? - contestó Myra. - Sí, en efecto.

- ¿Qué opinas tú, Stuart?

- Bueno, todavía no tengo una opinión fija formada; tendría que hablar antes con los dueños..., pero, por otra parte, tengo miedo.

- ¿Miedo? - repitió la chica.

- Sí. No me gustaría que me sucediera lo mismo que a esos tres agentes.

- Pero tú eres soltero.

- Se me quitarían las ganas de casarme contigo - sonrió él. Y añadió - ¡Sería horrible!

Myra se echó a reír.

- No exageres - contestó - ¿Tienes algún proyecto, Stuart?

- No sé - murmuró él en tono preocupado- A veces pienso...

- ¿Sí?- dijo ella con ansiedad.

- Imagínate que los dueños de esas tiendas son agentes de una potencia extranjera. Buckett, Lenart y Sánchez han podido ser drogados.

- ¡Pero sólo son tres guardias corrientes, sin importancia relevante en sus cargos! ¿Qué van a saber ellos de secretos de Estado, máxime cuando si se tiene en cuenta que en Villafeliz no hay, por ejemplo, ninguna fábrica de material estratégico?

- Sí, lo sé, pero eso no quita para que piense así. ¿Y si están haciendo un ensayo para drogar a más personas?

- ¿Aquí, en Villafeliz, una ciudad pequeña y carente de interés?

- Precisamente por eso mismo, Myra. Esta población podría servirles como piloto y ensayo para una operación a gran escala.

Myra se quedó pensativa.

- Tal vez - murmuró- La droga serviría para anular la voluntad de la persona en la cual fuese empleada.

- Exactamente - confirmó Stuart -. Imagínate que todas las fuerzas del orden, más los funcionarios civiles de una población, han sido drogados. De momento, su actuación es completamente normal, pero ellos son los que hacen marchar la vida en la ciudad. Un buen día, reciben una orden misteriosa a la cual no pueden desobedecer y a partir de entonces sus actuaciones cambian.

- A favor de esa potencia extranjera.

- Sí. Quizá no radicalmente en los primeros momentos, para evitar sospechas, pero sí de un modo gradual, de modo que, cuando queramos darnos cuenta, esa ciudad, Villafeliz en este caso, ha caído en poder del enemigo.

- Se necesitarían más personas drogadas, Stuart: hombres importantes de negocios, maestros, profesores, sacerdotes, locutores de radio y televisión...

¿Sabemos si no hay ya gente drogada entre todos los que acabas de mencionar? Por el momento, conocemos tres casos, y ello porque una de las es posas se me quejó del desvío conyugal de su marido. -

Es cierto, Stuart. - Myra se estremeció -. i Sería espantoso!

- Y tanto - gruñó él- Imagínate que Villafeliz es un ensayo para su invasión y les sale bien. - Podrían ir conquistando más ciudades... - Pero no han calculado bien los efectos de la droga y eso puede resultar el origen de su derrota.

- Sí, Stuart. ¿Qué piensas hacer ahora?

El joven no pudo contestar. Dos hombres se acercaron a ellos. Uno preguntó:

- ¿Señorita Sahdd? Soy Henry Bartle, empleado del gobierno. Éste es mi compañero Sam Mowler. ¿Podríamos hablar con usted unos momentos?

* * *

Myra contempló con recelo a los dos sujetos. - ¿Empleados del gobierno? - - repitió.

Bartle sonrió.

- En efecto - confirmó. - Agentes secretos- dijo Stuart. - ¿Quién es usted? - preguntó Mowler.

- Stuart Brenn, abogado y buen amigo mío - dijo Myra.

- Queremos hablar solamente con usted - insistió Bartle.

- Siendo agentes secretos, imagino que vienen a interrogarme. Deseo que el señor Brenn esté presente.

Bartle torció el gesto. Mowler dijo: - Está bien, no importa.

Myra sonrió.

- Siéntense - dijo- ¿Quieren tomar algo? Estaban en un bar. Mowler pidió dos tazas de café. - ¿Y bien, de qué se trata? - dijo Myra, cuando el camarero se hubo alejado.

- Teníamos un compañero, Melvyn Jones - manifestó Bartle -. Ha desaparecido.

- Riesgo evidente en un agente secreto.

- Sí, a veces suele suceder, pero lo que no es corriente es que desaparezca de una forma tan rara como le sucedió a Jones.

- ¿Cómo se esfumó? - preguntó Myra.

- Hemos hablado con la recepcionista del «Palladium». Ella dice que Jones apareció con la falta de dos dimensiones.

- ¿Cómo?

- Oímos la noticia - intervino Stuart -. ¿Cómo supo la chica que a Jones le faltaban dos dimensiones?

- Bueno, ella dice que sólo vio una línea vertical, muy fina, de color gris y casi transparente. Su grosor era inferior al milímetro.

- Pero ¿dónde estuvo Jones?

- Buscaba el arma secreta que quitó una dimensión a John Morgan y al automóvil de Philip Yardley. Nuestras investigaciones - manifestó Bartle - nos han permitido averiguar que Jones llegó hasta las inmediaciones de la casa del profesor Becouny, donde trabaja usted, señorita Shadd.

- Y queremos saber qué clase de experimentos son los que hace el profesor Becouny- - añadió Mowler en tono tajante.

Myra sonrió.

- ¿Por qué no se lo preguntan a él? - dijo- Yo soy solamente su administradora, me encargo de pagar cuentas, facturas, llevar al día sus asuntos bancarios y, naturalmente, tomar apuntes de sus dictados.

- Pero usted sabrá qué clase de experimentos realiza el profesor- arguyó Mowler.

- Lo siento - contesto Myra -. Sé que son experimentos sobre Física, pero nada más. Tendrán que hablar con él si quieren saber algo más.

- Por ahora, es imposible. El profesor está ausenté - declaró Bartle.

Myra se sorprendió.

- ¡Pero si esta misma tarde he estado hablando con él! - exclamó.

Mowler sacó un papel del bolsillo y se lo tendió a la muchacha.

- Hemos encontrado esto en la sala- dijo. Myra tomó el papel y leyó:

Estaré ausente algún tiempo. No sé cuándo
volveré. Que todo siga igual, Srta. Shadd.
Gracias,
Prof. B.

- Resulta lógico pensar que usted sabe adónde se ha ido el profesor, ¿no?- dijo Mowler.

Myra movió la cabeza pensativamente.

- Puede que les cause una decepción - contestó- Hablando claro, no tengo la menor idea de dónde pueda hallarse el profesor en estos momentos, caballeros.

CAPITULO VIII

Los tres seres se hallaban reunidos en una habitación de paredes transparentes, que parecía hallarse suspendida en el espacio. No había muebles de ninguna clase y si bien no se veían lámparas, tampoco había oscuridad.

Los seres tenían forma humana, pero sus rostros no expresaban edad alguna. Parecían no existir y existían, sin embargo.

Estaban sentados en unos sillones invisibles, en actitud aparentemente lánguida. Hablaban, pero no se oían sus voces. Movían los labios, pero, en realidad, se comunicaban telepáticamente.

El Núm. 1 estaba en el centro. El Núm. 2 a su derecha y el Núm. 3 a su izquierda.

Carecían de nombres.

- Por fin tenemos informes- dijo el Núm. 1. - ¿Interesantes? - preguntó el Núm. 2. - Tienen que serlo. Nuestros agentes llevan ya mucho tiempo allá abajo- dijo el Núm. 3.

- Lo son - manifestó el Núm. 1 -. El informe del agente XTX- 10 es concluyente al respecto. Todo se desarrolla con arreglo al plan previsto.

- ¿Qué dice FIF- 8?- preguntó el Núm. 2. - Lo mismo. Ha obtenido unos resultados increíblemente buenos.

- ¿Y el agente YOY- 30? - preguntó el Núm. 3. - Está satisfechísimo de su actuación.

- Es decir, la fruta está madurando. - sí.

- Y pronto podremos recogerla. - En efecto.

- Eso significa que la ciudad será nuestra en fecha próxima.

- En fecha próxima, pero terrestre - puntualizó el Núm. 1.

- Por supuesto- dijeron los otros dos a la vez.

- Será un buen ensayo - calificó el Núm. 1-. Sólo espero que...

- ¿Qué?- preguntó ansiosamente el Núm. 2. - ¿Algún obstáculo? - inquirió el Núm. 3. El Núm. 1 agitó levemente la mano.

- Tengo aquí un informe de otro de nuestros agentes, VYV- 60- manifestó.

- Ah, sí, ese ser joven y lleno de impetuosidad, que pretende saber más que ninguno de nosotros - bufó el Núm. 2 con desprecio.

- La juventud. - El Núm. 3 movió la cabeza con gesto compasivo.

- VYV- 60 fue siempre opuesto a nuestros planes - dijo el Núm.

1.

- Eso ya lo sabemos. Pero se le ordenó obedecer, ¿no?

El Núm. 1 sonrió.

- Una cosa es que se le ordenase y otra que acatase las órdenes. Hay una crítica dura y despiadada en el informe de este agente.

- Está bien, pero ¿qué dice?

- Sencillamente, que nuestro procedimiento es anticuado e infructuoso; que obedece a métodos ya caducos, por demasiado clásicos, y que acabaremos por fracasar.

El Núm. 3 se indignó.

- ¡Tendríamos que darle una buena lección a ese agente! - dijo.

- Hemos de ordenarle su regreso inmediato - sugirió el Núm. 2.

- Ordenar, ordenar... ¿Obedecerá? - dudó el Número 1.

- Si no obedece, se envía a otro agente para... El Núm. 1 alzó la mano.

- No - prohibió -. No haremos nada de eso. - ¿Y dejaremos que VYV- 60 siga campando por sus respetos?

- Vamos a hacer una cosa. Creo que conviene dar una oportunidad a la juventud. Nosotros somos ya demasiado viejos y, a veces, vemos las cosas con una óptica deformada por la edad. Es probable que VYV- 60 tenga razón y que el método de invasión esté ya pasado de moda. Por tanto, resultaría inefectivo.

- En ese caso, tendría que hacerse según los métodos de VYV-60.

- Sí.

- Pero resultaría demasiado costoso en tiempo. El Núm. 1 sonrió.

- Amigos, ¿qué nos importa el tiempo? - contestó -. Ciertamente, somos mortales y algún día dejaremos de existir, pero es preciso tener en cuenta que un año terrestre es, para nosotros, uno de nuestros días. Por tanto, podemos esperar apaciblemente a ver los resultados de unos... y otro.

- He oído hablar mucho de VYV- 60 - dijo Núm. 2 - pero nunca le he visto personalmente. ¿Qué aspecto tiene?

- ¿Aquí o allí? - preguntó el Núm. 1 -. Es un detalle indiferente, amigos míos. Dejemos que siga adelante con su plan y esperemos, opino quo es lo mejor.

* * *

- Hay una cosa que me preocupa- dijo Stuart. - ¿Sí? ¿De qué se trata?- preguntó Myra. Stuart tenía los ojos fijos en el «Bazar Marciano». - He estado haciendo averiguaciones. Jamás se ha visto

detenerse un camión de transporte ante la puerta de la tienda.

- Tendrá existencias de sobra...

- Es posible, pero la venta de artículos de artesanía marciana ha sido constante y nada escasa. Por tanto, ¿dónde repone el dueño las existencias?

' - Es curioso, no se me había ocurrido pensar en eso- dijo Myra.

- Bueno, esta misma noche lo sabremos. ¿Tienes miedo, Mira?

Ella meneó la cabeza.

- No, a tu lado, no, Stuart - contestó. El joven sonrió.

- Se supone que soy un defensor de la ley, pero esta noche voy a hacer algo ilegal. Si nos sorprenden, iremos a parar a la cárcel.

- Tú serás tu propio abogado y alegarás cleptomanía.

- ¿Y para exculparte a ti?

- Te acompañé por amor- dijo Myra fingiendo solemnidad.

Stuart se echó a reír.

- Eres única - dijo, apretándole el brazo cariñosamente -. Bueno, yo creo que ya, es hora. Vamos. Cruzaron la calle, desierta a aquellas horas, y andando con naturalidad, llegaron a un callejón lateral. Dieron la vuelta a la esquina y se encontraron con una puertecita.

Stuart manipuló durante unos momentos, hasta que consiguió forzar la cerradura. Empujó la puerta y sacó una linterna.

Avanzaron a lo largo de un pasillo, flaqueado por algunas puertas. Stuart abrió dos de ellas y encontró sendas habitaciones, completamente vacías.

En la tercera vio varios cajones de embalaje. Un discreto examen le reveló estaban vacíos.

- Y ninguno tiene etiqueta de origen- dijo, extrañado.

Pasaron a la otra habitación. Había en ella dos armarios de metal gris, mate, de unos dos metros de altura, por uno de lado.

Stuart abrió uno de los armarios Y se encontró ante un imponente conjunto de esferas y teclas de mando, que le dejó atónito.

- ¿Un transmisor de radio?- murmuró. - Lo parece, ¿no?- dijo Myra.

- Si los agentes del gobierno lo vieran... - ¿Se lo dirás?

- Por supuesto.

- Bien, veamos ahora qué hay en_ el segundo armario.

Stuart abrió la puerta. Una exclamación de asombro se escapó inmediatamente de sus labios.

Myra no estaba menos sorprendida que el joven. El espectáculo que se ofrecía ante sus ojos resultaba increíble por lo fantástico.

* * *

Al otro lado de la puerta había como un gran pasillo, brillantemente iluminado, pero sin que el resplandor causara daño a la luz. El pasillo, además de bastante largo, era amplio y reinaba en él una temperatura más bien baja, aunque sin llegar al punto de congelación.

Stuart y Myra dieron unos cuantos pasos en el interior. A derecha e izquierda de aquel túnel, de sección cuadrada, había sendas hileras de cajones transparentes, de dos metros de altura por unos sesenta centímetros de lado.

En cada cajón había un ser humano, rígido, inmóvil, con los ojos cerrados y las manos caídas a lo largo de los costados. Había hombres y mujeres en número aparentemente igual.

Cada cajón tenía un rótulo en su parte delantera. La inscripción del rótulo indicaba el nombre y demás características personales del ocupante.

- El profesor Mortensen - dijo Myra.

- Ésta es la maestra de niños Lucy Steiner - reconoció él.

- Y el banquero Dobson... - ¡Mira, aquí está Tomás!

Stuart se había detenido ante un cajón, en cuyo interior se hallaba el guardia, dormido, como los restantes.

- O muerto - susurró ella. Stuart se estremeció. - Sería monstruoso- dijo.

- ¿Por qué los tienen aquí?- preguntó Myra. - ¿Rehenes? - musitó él.

- ¿De qué? ¿Contra qué?

Myra puso la mano en la pared del cajón de vidrio. Instantáneamente, la retiró, a la vez que lanzaba una exclamación de asombro.

- ¡Está helado!

Stuart imitó a la muchacha. Sí, la superficie del cajón estaba terriblemente fría. Le pareció que era un frío profundísimo, sideral, como el que reinaba en el espacio.

- No creo que estén muertos - dijo al cabo - simplemente, los conservan aquí, aunque ignoro con qué fines.

- ¿Quiénes Stuart?

- El dueño del «Bazar Marciano» y sus cómplices, porque es lógico suponer que no actúe solo.

- Es lógico - concordó Myra -. Pero hablamos venido aquí a ver de dónde vienen los objetos que el dueño vende en la tienda.

- Ése es un problema ya secundario - contestó el joven -. Fíjate en que hay aquí más de veinte hombres y mujeres, todos ellos habitantes de Villafeliz. No se han denunciado desapariciones, luego resulta sensato suponer que hay otros dobles ocupando sus puestos.

- Sí, es cierto. ¿Qué debemos hacer, Siuart ? - No sé. Avisar a la policía... pero ¿qué sabemos si no son todos ya unos dobles?

- Aquí no se ve más uniforme que el de Tomás - alegó ella.

- Pero hay otros sitios en los que, seguramente, hay personas en la misma situación que aquí. Recuerda la farmacia y el bar.

- Tienes razón. ¿Te parece que lo comprobemos? - Esta noche ya no puede ser. Además, antes de hacer nada, debemos andar con muchísimo tiento. Una cosa, Myra; no aceptes jamás entrar en la trastienda de estos tres establecimientos.

- Puedes estar seguro de ello - contestó la muchacha -. Stuart, en tu opinión, ¿cuál es el objeto de estos «almacenes» de personas?

- Yo te daría una respuesta, pero temo que te rías de mí.

- Puedes estar tranquilo. Después de todo lo que he visto, cualquier respuesta me parecerá acertada. - Una invasión, Myra.

- ¿Extraterrestre?

- No me atrevo a fantasear tanto, pero también podría ocurrir que se hubiese preparado en nuestro propio planeta.

Stuart hizo una pausa y añadió:

- Como sea, una cosa es evidente. «Ellos están sustituyendo a las personas más importantes de Villafeliz y colocan agentes propios en su lugar, «doblando» a los secuestradores de tal modo, que nadie hasta ahora ha podido advertir nada sospechoso.

- Salvo las mujeres de tres policías.

- Sí, pero ¿quién les convence de que ellos no son sus esposos?

CAPÍTULO IX

Stuart y Myra se reunieron al día siguiente. Todavía no habían determinado un plan de acción. - ¿Sabes algo del profesor?- le preguntó él.

- Todavía no ha vuelto - contestó la muchacha -. Los agentes del gobierno han revuelto todo, pero han trabajado en balde.

- A mí me gustaría echar un vistazo a su laboratorio. ¿Es posible?

- Claro, cuando quieras, Stuart. No creo que el profesor diga nada, sobre todo, si dejarnos el lugar como está.

- De acuerdo, iremos más tarde. Y, a la noche, visitaremos la parte posterior de la «Farmacia Venusina».

- Magnífico, Stuart - aprobó Myra -. Mañana, por tanto, nos toca el «Bar Jupiterino». ¿Y después? - Si confirmamos que los dueños de esos tres locales no son... lo que aparentan, tendremos que recurrir a alguien que pueda interrogarles con autoridad.

- ¿A quién conoces tú?- preguntó ella. Stuart suspiró.

- Sólo a los agentes que te interrogaron - frunció el ceño -. ¿Estarán relacionados estos hechos con la pérdida de dimensiones?

- No podría decir nada en favor ni en contra, Stuart - contestó Myra -. ¿Te parece que vayamos al laboratorio? Quizá tú veas algo que a mí se me ha pasado por alto.

- En cuestiones de ciencia, soy un ignorante - sonrió él - pero no importa. Vamos. Abandonaron el piso y salieron a la calle. La casa del profesor no estaba demasiado lejos y decidieran i r a pie.

En el camino se encontraron con Tomás Buckett. - Hola, Tomás - saludó Stuart afablemente ¿Cómo va eso?

- Bien, abogado - contestó el agente - ¿Puedo serle útil en algo?

- He oído rumores de una invasión extranjera. ¿Qué sabe usted al respecto?

- ¿Invasión? Je, usted está de broma, abogado - rió el policía.

- Debe de haber sido un bulo, claro. Tomás, ¿qué le parece esta chica que llevo al lado?

Tomás dirigió una mirada a la muchacha. - Encantadora - contestó.

- Quiero casarme con ella. - Le felicito, abogado.

- Gracias, Tomás. Ha sido un placer. Hasta la vista.

- Adiós, señor Stuart.

El policía se alejó. Stuart movió la cabeza.

- Ése no es el verdadero Tomás - aseguró. - ¿Cómo lo sabe?

- Su voz. Demasiado mecánica.

Stuart reflexionó unos momentos. De pronto, chasqueó los dedos.

- Creo que tengo la solución - dijo. - Habla - pidió ella con ansiedad.

- Vamos primero al laboratorio - decidió él - Luego te diré lo que debemos hacer.

* * *

El profesor Becouny luchaba denodadamente con los mandos de su vehículo. De cuando en cuando, lo ponía en marcha, pero siempre con resultados negativos.

- ¡Maldición! - juró entre dientes -. ¿Es que me voy a quedar aquí para siempre?

Hizo otra tentativa. De pronto, apareció en un espacio despejado en donde varios sujetos, vestidos de un modo estrafalario y adornados con plumas, bailaban una rara danza, a la vez que entonaban una canción de notas poco armónicas.

Había una gran hoguera en el centro. Tres o cuatro sujetos, sentados en el suelo, batían los parches de unos tambores con las manos, marcando el ritmo de la danza.

Los danzantes iban armados con lanzas, arcos y flechas. De pronto, vieron a aquel extraño individuo parado a pocos metros de distancia y prorrumpieron en estentóreos aullidos.

- Esos tipos me van a asar, como me pesquen - dijo el profesor, viendo a los guerreros que se lanzaban hacia él blandiendo todas sus armas.

Una lanza silbó a pocos centímetros de su cabeza. Alguien disparó el arco y la flecha se hundió justo entre las piernas del profesor.

Aquello acicateó a Becouny, quien, de nuevo, puso en marcha su vehículo.

- Si esta vez no lo acierto...

El profesor y su vehículo desaparecieron de repente. Los salvajes se quedaron aterrados. Postrándose en tierra, empezaron a lanzar gritos de espanto, creyendo que habían provocado la cólera de algún dios poderoso y que luego volvería a castigarlos.

* * *

- Bueno - dijo Stuart- pues yo no veo aquí nada que me aclare la situación.

- Yo he tomado muchas notas de todo lo que me ha dictado el profesor, pero no comprendo nada en absoluto. Hablaba mucho de las dimensiones, pero eso es todo lo que sé, Stuart.

El joven paseó la vista por el laboratorio, amplio, despejado en el centro. De pronto, vio que se producía un remolino en un punto de la estancia.

El remolino se convirtió en algo que tomó bien pronto forma consistente. Brilló un relámpago y el profesor Becouny apareció a los ojos de los dos jóvenes.

- ¡Profesor! - exclamó Myra a voz en cuello. - ¡Acerté! - gritó Becouny -. Esta vez, acerté. Miró complacientemente a su alrededor y sonrió. - Sí, es mi laboratorio... Hola, señorita Shadd - saludó -. ¿Qué hace usted aquí?

Myra se acercó al profesor, quien todavía estaba sentado en un sillón, que parecía formar parte de la estructura de un conjunto que comprendía un amplio pupitre situado frente a él. Myra había visto el artefacto más de una vez, pero siempre creyó que se trataba mitad de una mesa de trabajo, mitad de algún raro aparato de objeto desconocido para ella. - ¿De dónde viene, profesor? - preguntó.

- ¿De dónde vengo? De muy lejos... en el tiempo - contestó Becouny.

Stuart contuvo el aliento al comprender el sentido de la respuesta del científico.

- Eso, ¿es una máquina del tiempo? - preguntó. - Sí - confirmó Becouny -. Oiga, ¿quién es usted, joven? Señorita Shadd, ¿tendrá la bondad de explicarse?

- Profesor, le presento al abogado Brenn, buen amigo mío - dijo Myra -. Stuart, el profesor Becouny.

Los dos hombres se saludaron cortésmente. - Tenemos mucho de qué hablar, profesor - manifestó Stuart -. ¿Es cierto que ha conseguido viajar en el tiempo?

Becouny reparó entonces en la flecha clavada en el suelo de su aparato. Tiró de ella y la levantó en alto.

- Acaban de lanzármela unos indios - contestó -. Bueno, lo más correcto sería decir que me la dispararon hace unos ciento veinte años.

Stuart silbó.

- Es extraordinario - dijo -. Nunca imaginé que pudiera

construirse un artefacto semejante.

- Yo lo he logrado - declaró Becouny con orgullo -. A fin de cuentas, ¿qué es el tiempo, sino una dimensión? Los objetos sólidos tienen tres dimensiones, pero «viven» o «están» en la cuarta dimensión. Todo consiste en hacerles abandonar sus tres dimensiones espaciales y hacerles entrar en la temporal. Conseguido esto, se puede viajar a través de las épocas.

- Profesor - habló Stuart - usted, forzosamente, tuvo que probar la máquina antes de utilizarla. - Sí, claro. Construir un automóvil no tiene nada de particular hoy día, pero cada vehículo es probado en la fábrica antes de salir al mercado. Por tanto, era obvio que yo tenía que hacer lo mismo con mi máquina del tiempo.

- Pero algunas de sus pruebas no dieron resultado.

- En efecto. Faltaban algunos detalles que corregir o rectificar, y sólo podía saberlo haciendo prueba tras prueba.

Stuart se fijó en la posición de la máquina. El profesor, todavía sentado en el sillón, miraba directamente hacia la calle.

- ¿Siempre ha tenido la máquina en el mismo sitio? - preguntó.

- Siempre. Su posición no varía. Se viaja a través del tiempo, pero el aparato ocupa siempre un mismo trozo del espacio.

- Comprendo.

Stuart se colocó detrás del profesor. Frente a ellos, había un tragaluz, a ras del techo que, dada la situación del laboratorio, en el exterior quedaba a menos de un palmo del suelo.

- Creo que empiezo a entenderlo - murmuró. - Me gustaría que se explicase de una vez- pidió Becouny, impaciente.

- Profesor - dijo Stuart - ¿querría hacer una prueba con su aparato, en presencia de nosotros dos? Myra fijó los ojos en el joven. ¿Qué se proponía Stuart con aquella petición?

- ¿Quiere usted que haga un viaje en el espacio? - preguntó Becouny.

- Sí, profesor; un viaje muy corto y de la duración mínima que le sea posible, un viaje digamos a... hace media hora, por ejemplo.

- Está bien, viajaré a treinta minutos antes de este momento; estaré allí un minuto y regresaré de nuevo.

* * *

El profesor manipuló en los controles de su aparato y, finalmente, presionó una tecla. En el acto se oyó un sordo zumbido.

El zumbido se acentuó hasta convertirse en un agudísimo chillido. De pronto, Becouny y su artefacto empezaron a

adelgazarse hasta quedar convertidos en un solo plano.

- Han perdido dos dimensiones - dijo Stuart. Ahora el profesor quedaba como si sólo tuviera perfil y lo mismo sucedía con su máquina. De pronto, todo cl conjunto, profesor y máquina, empezó a «encogerse», mientras el chillido se hacía Cada Vez más agudo.

Instantes más tarde, sólo había una línea vertical, gris, casi transparente, muy fina. El chillido cesó y la línea dejó de verse.

- Después de perder dos dimensiones espaciales, ha perdido las tres - dijo Stuart -. Entonces es cuando pasa a la dimensión temporal.

- Sí, ya lo comprendo - manifestó Myra - pero ¿qué tiene que ver esto con nuestro problema?

- Te diré. De algún modo, la máquina, en sus pruebas, afectó a John Morgan y al automóvil de Yardley, haciéndoles perder una dimensión. En otra de las pruebas, el afectado fue Melwyn Jorres, quien perdió dos dimensiones. ¿Lo entiendes ahora?

- Perfectamente, Stuart. Pero por el pobre Jorres no se puede hacer nada. Ha desaparecido. En una sola dimensión, resulta prácticamente invisible.

- Invisible sí, aunque no inaudible, porque la recepcionista conversó con él. ¿Adónde habrá ido a parar?

Becouny reapareció de nuevo antes de que Stuart pudiera contestar a la joven.

- ¿Satisfechos? - preguntó.

- Ha sido un experimento altamente satisfactorio, profesor - declaró Stuart -. Pero su máquina necesita muchos perfeccionamientos.

Becouny se indignó.

- ¿Perfeccionamientos? Joven, su falta de respeto es notoria. Sepa que con mi aparato puedo viajar a cualquier época adelante y atrás de nuestro tiempo.

- Y también causar graves perjuicios a personas y cosas - le interrumpió Stuart con solemne acento.

* * *

Becouny se sentía sinceramente apesadumbrado. - No saben cuánto lo lamento - dijo, mientras Myra servía el café que había preparado - Yo ignoraba que el campo de expansión de mi máquina pudiera rebasar los límites del laboratorio.

Stuart le había relatado lo ocurrido con Morgan, el automóvil de Yardley y el agente del gobierno. Tomó un sorbo de café y dijo:

- Por lo visto, ese campo de expansión se propaga en línea recta, aunque no a demasiada distancia, ya que, de otro modo, se habrían producido más pérdidas de dimensiones en personas y cosas. La mala suerte de Morgan fue que usted iniciara una de sus pruebas en el momento en que pasaba por delante de su casa.

- Lo recuerdo, fue una de mis primeras pruebas a intensidad casi máxima - respondió el profesor -. ¿Cómo haría yo para devolver al señor Morgan la dimensión que le falta?

- Ése es un problema que deberá estudiar usted a fondo, profesor. Ni Myra ni yo podemos ayudarle y, además, tenemos otras cosas que hacer en este momento.

- Si no me necesita usted, profesor- se ofreció la muchacha.

Becouny meneó la cabeza.

- No, hoy no - contestó- Me siento muy cansado. Voy a dormir; tal vez una buena consulta con la almohada me dé la solución para este problema.

CAPITULO X

Luisa Buckett abrió la puerta de su casa y sonrió al ver a la pareja.

- Hola, abogado - saludó amablemente -. Entren, tengan la bondad.

Stuart hizo las presentaciones. Myra dijo: - Sólo queremos ayudarla, señora Buckett. - Gracias, señorita; es usted muy buena. Tomás no tardará en venir ya- dijo Luisa. - Precisamente por eso estamos aquí - manifestó Stuart -. Señora Buckett, ¿le importaría dejarnos solos?

- ¿Quiere decir, abogado, que debo marcharme de casa?

- Será mejor - opinó Stuart.

- Puede reunirse con la señora Lenart o con la señora Sánchez- sugirió Myra.

Luisa suspiró.

- Sí, tal vez sea mejor - admitió -. Iré a casa de Annie Lenart está más cerca.

- La avisaremos por teléfono apenas hayamos terminado de hablar con Tomás- prometió Stuart. Luisa se marchó a los pocos momentos, dejándolos solos. Myra se sentía preocupada y así se lo expresó a su acompañante.

- ¿Por qué? - preguntó Stuart.

- ¿Qué dirá Tomás? Eso es lo que me preocupa - respondió ella.

- Déjalo de mi cuenta- sonrió el abogado. Minutos más tarde, oyeron ruido de llaves en la puerta de la casa.

- Ya está ahí- susurró la muchacha.

La puerta se abrió. Tomás entró y contempló a la pareja con ojos inexpresivos.

- Hola - saludó.

- Hola - contestó Stuart -. Tomás, queremos hablar con usted.

- ¿Sucede algo? - preguntó el policía. - Siéntese, por favor.

Tomás se quitó la gorra y la dejó sobre un diván. Acto seguido, se sentó frente a la pareja. - ¿Y bien?- dijo.

- ¿No pregunta usted por su mujer?

- Ah, Luisa - contestó el policía con voz monocorde- Habrá salido.

- Está muy quejosa de usted- dijo Stuart.

- ¿Por qué? Soy bueno con ella, atento, amable, le doy el dinero

de la paga...

- Pero parece como si ella le resultase repulsiva. - No, no es cierto.

- ¿De veras? Entonces, ¿por qué duerme en el cuarto de los huéspedes?

Hubo un momento de silencio. Parecía como si Tomás meditase la respuesta.

- No sabía que tuviera que dormir con ella- dijo al cabo.

Myra se puso una mano en la boca, para no lanzar un grito de asombro. Stuart dominó sus nervios. - Tomás, lleva usted más de diez años casado con Luisa - manifestó -. Un hombre normal no daría esa respuesta. Lo que pasa es que usted no es el auténtico Tomás, sino un doble que ha ocupado su puesto.

De nuevo guardó silencio el policía. De pronto, Stuart se levantó, dio la vuelta a la mesa y lo agarró por un brazo.

- Confiese la verdad Tomás... Stuart se calló de repente.

Aquel brazo que tenía en la mano, ¿era de carne y hueso?

Tomás se levantó de pronto, impulsivamente, pero lo hizo mal, trastabilló y cayó al suelo con gran estruendo. Volteó los ojos un instante y se quedó inmóvil.

- ¡Se ha matado! - gritó Myra.

Stuart se arrodilló junto al caído y le desabrochó la guerrera y la camisa, al objeto de auscultarle. Subió la camiseta para dejarle el pecho al descubierto y entonces vio algo que le dejó sin aliento.

- ¡Metal! - gritó.

Myra se puso en pie de un salto. - ¿Qué dices? - preguntó, sin aliento.

Se arrodilló junto al joven y pasó las yemas de los dedos por la brillante superficie metálica del pecho de Tomás.

- Stuart, ¿sabes qué es esto?- preguntó. El abogado hizo un gesto de asentimiento.

- Sólo tiene piel simulada en la cara y las manos - contestó -. En el resto del cuerpo, como está cubierto, no le hace falta.

- Me siento aterrada - confesó ella -. Están sustituyendo a los ciudadanos de Villafeliz por robots.

* * *

- Desgraciadamente, es así - confirmó Stuart -. Pedro Lenart es un robot y también Roy Sánchez... y qué sé yo cuántos más.

- ¿Sustituirán a todos?

- No lo creo. Resultaría demasiado arriesgado para ellos. Les

basta, opino, con unos grupos selectos, que son los que rigen la vida de la ciudad.

- Parece razonable - convino Myra -. Pero ¿cómo realizan la sustitución?

- No lo sé. Éste, por el momento, es un problema secundario, comparado con el que nos ha planteado el descubrimiento de que el doble de Tomás era un robot.

- ¿A qué problema te refieres, Stuart? - preguntó la muchacha.

- Luisa. Tenemos que decírselo. No podemos ocultarle la verdad.

Myra se sintió consternada. - Será horrible - dijo. Stuart asintió.

- Ahora no es casada, ni viuda, ni... El teléfono sonó en aquel momento.

- Deja, yo lo atenderé- manifestó Stuart, poniéndose en pie.

Cruzó la sala y levantó el aparato. - ¿Sí? - dijo.

- Abogado, soy Luisa Buekett. Tengo que darle una buena noticia.

- Lo celebro infinito, señora. ¿De qué se trata?

- Bien, he hablado con Annie Lenart. Está contentísima, ¿sabe? Resulta que su esposo es... bueno, ha vuelto a ser el hombre atento y cariñoso de siempre.

- ¡Ah! - murmuró Stuart.

- En una palabra, Pedro ya no duerme en el cuarto de los huéspedes. ¿Qué le parece, abogado?

- Una noticia maravillosa, señora Buekett, desde luego.

- Yo me siento ilusionadísima. Estoy deseando volver a casa para reunirme con mi Tomás... Stuart tosió un par de veces.

- Señora Buckett - dijo.

- ¿Sí, abogado?

- Por favor, espere un poco. Todavía no... no hemos terminado de conversar con su esposo.

- ¡Oh! - dijo Luisa, decepcionada.

- Tenga paciencia, se lo ruego. La llamaremos dentro de unos minutos.

- Sí, señor Stuart.

El abogado volvió el teléfono a su sitio y giró para enfrentarse con Myra.

- Pedro Lenart es de carne y hueso y vuelve a ser el marido de siempre - anunció.

- Desconcertante - calificó Myra.

Stuart puso la vista en el robot que yacía en el suelo.

- - ¿Y ahora, ¿ cómo le damos la noticia a esa pobre mujer? - exclamó desanimadamente.

* * *

- Lo que yo no comprendo es cómo Pedro Lenart vuelve a ser el mismo, mientras que Tomás «murió» siendo un robot - dijo Stuart, mientras guiaba el automóvil hacia la casa del profesor.

El robot yacía en el asiento posterior del coche. Myra se sentía igualmente preocupada.

- No lo entiendo - contestó- pero ¿no te parece que sería conveniente interrogar a Pedro?

- ¿Querrá contestar a nuestras preguntas? - dudó él.

- Si no lo intentamos, no lo sabremos.

- Tienes razón.

Minutos después, llegaban a la casa del profesor. A Luisa la habían engañado, diciendo que se llevaban a su esposo a la clínica de un psiquiatra amigo de Myra, quien ensayaría con Tomás un nuevo método para devolverle a su estado habitual.

- Todo esto no es mas que retrasar el momento de darle la mala noticia - refunfuñó Stuart, mientras desembarcaba el robot, ayudado por la muchacha.

El profesor se quedó pasmado cuando vio llegar a la pareja con su extraño cargamento. Stuart y Myra le explicaron someramente lo que sucedía y Becouny se mostró dispuesto a colaborar con ellos.

- De paso, examinaré ese cacharro - dijo -. Algunas piezas de maquinaria tienen que resultar muy interesantes para mí, sobre todo, su cerebro mecánico, que tan bien le permitió representar el papel de Tornas Buckett.

El robot quedó en el laboratorio. Era va muy tarde y, aunque estaban cansados, Stuart, decidió continuar machacando el hierro antes de que se enfriase.

- ¿Vamos a ver ahora a Pedro? - inquirió ella. - No. Antes quiero comprobar una cosa. Guando esté seguro de ello, hablaré con Pedro y le apretaré las clavijas a fondo.

La disposición del edificio donde estaba situada la «Farmacia Venusina» era análoga a la del «Bazar Marciano», hecho que no dejó de llamar la atención a Stuart. Tras algunos esfuerzos, consiguieron entrar y localizar dos armarios idénticos a los vistos en el bazar.

- Éste debe ser el control- opinó Stuart. - ¿De qué? - preguntó ella.

- No sé bien, de los hombres, de los robots... de sus actividades, en suma. Si estuviese aquí el farmacéutico, nos lo diría, pero, por el momento, prefiero su ausencia.

- De todas formas, si se trata de una invasión, no parecen tomárselo muy en serio. Precauciones toman bien pocas, a decir verdad.

- Quizá se creen completamente seguros - apuntó Stuart.

- Demasiada confianza en sí mismo resulta funesto en ocasiones - observó Myra.

- Eso es bien cierto, pero, en todo caso, no deja de beneficiarnos.

Momentos después, estaban en la sala donde se almacenaban los cajones de vidrio. Allí había más de cuarenta personas, de ambos sexos, en número equitativo.

Stuart buscó hasta encontrar a Pedro en su cajón. Tocó la tapa y notó que la temperatura era normal. Después de varios intentos, consiguió abrir el cajón. Pedro no se movió siquiera.

Stuart desabrochó sus ropas. Momentos después dijo:

- No cabe duda, éste es un robot. - Por tanto, Pedro ha vuelto al hogar.

- Y nosotros hemos impedido que Tomás lo haga - declaró él apesadumbradamente -. No me gustaría haberle perjudicado, Myra.

- Ahora ya está hecho y debemos cargar con las consecuencias. ¿Nos vamos?

Momentos después, abandonaban el edificio. Silbando alegremente, Tomás abrió la puerta de su casa y gritó:

- ¡Luisa, prepárame la ropa; tengo que entrar de servicio!

La mujer estaba a medio vestir y se quedó atónita al oír la voz de su esposo.

- ¡Tomás! ¿De dónde sales? - exclamó.

- Oh, he estado por ahí - contestó el policía indiferentemente- Date prisa, nena; no quiero llegar tarde y que el sargento me eche un rapapolvo.

Luisa apareció, atándose apresuradamente el cinturón de la bata.

- Creí que estabas en la clínica - dijo. - ¿Clínica? - repitió Tomás, asombrado -. ¿Por qué había de ir yo a una clínica? ¿Acaso estoy enfermo.

Ella se acercó a su marido y le tocó el brazo. - Dime, ¿eres tú o tu fantasma? - preguntó. Tomás se enojó.

- Mujer, no seas tonta, ¿quién diablos quieres que sea, sino tu esposo? Anda, no me hagas esperar y prepárame un uniforme limpio.

- Tomás - dijo ella- todos estas días has estado durmiendo en el cuarto de huéspedes. ¿Dónde piensas dormir esta noche?

El hombre sonrió, a la vez que le pegaba un cariñoso pellizco en la parte más carnosa de su anatomía.

- ¿Dónde quieres que duerma un marido enamorado de su mujercita? - contestó.

A Luisa ya no le importó nada de lo ocurrido días antes. Dio un salto y se colgó del cuello de Tomás con gran alborozo.

- ¡Yupiiii! - gritó.

* * *

Cuando Pedro Lenart salió de su casa para ir a tomar el servicio, se encontró con que había un coche aguardándole en la puerta de la casa.

- Suba, Pedro - invitó Stuart, a la vez que abría la portezuela del automóvil, Le llevaré hasta la comisaría.

- Gracias, abogado, es usted muy amable.

Pedro se acomodó junto a Stuart, quien arrancó de inmediato.

- Tengo que hablar con usted - manifestó Stuart -. Por eso le esperaba tan pronto.

- ¿Sucede algo, abogado? - preguntó Pedro. - Se trata del elixir de larga vida. Usted lo tomó, creo.

- Sí. Tiene un gusto exquisito.

- Y le dio unas fuerzas de Hércules. Pedro rió fuertemente.

- Ya se me pasó. Ahora tengo mi musculatura norma'.

- ¿Por qué cree que le sucedió aquello, Pedro? El agente se encogió de hombros.

- Qué sé yo. Algún estimulante del elixir, calculo. De todos modos, se pasó bien pronto, de lo cual me alegro no poco, créame. Mi mujer se quejaba continuamente de que le estaba rompiendo cosas.

- Claro - sonrió Stuart -. Tal vez le ocurra al año que viene, cuando tome una nueva dosis.

- Es probable, pero la fecha cae todavía un poco lejos. ¿Por qué me hace esas preguntas, abogado? - Estoy interesado en la «Farmacia Venusina. Usted ha estado en su interior, creo.

- Sí, desde luego.

- ¿Qué vio allí? Me refiero en las habitaciones del otro lado del mostrador.

- Nada - contestó Pedro. - ¿Cómo?

- El señor Gssfoss tiene su despacho de trabajo, eso es todo.

- ¿Por qué entró usted en el despacho? - Quería ver la documentación del farmacéutico. Estaba en orden, si es eso lo que quiere saber. - Pedro, ¿no le habrán engañado a usted? Quizá el señor Gssfoss le hipnotizó, haciéndole creer en algo que no existe.

- ¡Imposible! Lo recuerdo perfectamente. Incluso tuve los documentos en la mano- aseguró el policía. - ¿Qué dice del cajón donde estuvo encerrado más de una semana?

Pedro se volvió en el asiento para mirar al joven con expresión de sorpresa.

- Abogado, si no le conociera bien, diría que se ha vuelto loco. ¿De dónde ha sacado usted que he estado más de una semana metido en una caja?

- Durante todo ese tiempo, ha dormido en la habitación de los huéspedes, en su casa. ¿Lo va a negar también, Pedro?

- Ah, eso no tiene importancia. Sufría una ligera depresión nerviosa y quise curarla a base de sueño, durmiendo tranquilamente durante toda la noche.

Stuart inspiró profundamente. Ya estaban cerca de la Comisaría.

- Pedro, el respeto al uniforme que lleva me impide calificar exactamente su actitud - manifestó. - Por mí, puede decir claramente lo que piensa, no me ofenderé por ello- respondió Lenart sin inmutarse.

El coche estaba detenido ya. Pedro se apeó. - Gracias por haberme traído hasta aquí, abogado - sonrió.

Stuart le miró fijamente.

- Pedro, es usted un cínico- dijo.

* * *

- Pedro, Tomás y Rey fueron primero robots y luego han vuelto a ser personas. Esto no se hace sin ningún motivo, Stuart - dijo Myra, una vez enterada del diálogo habido entre el abogado y el policía. Stuart se reclinó en su asiento.

- Se me está ocurriendo una hipótesis, Myra - declaró.

- Bien, en ese caso, habla - pidió ella. - Se trata de una invasión, ¿no?

- Eso parece, Stuart.

- En casos semejantes, los invasores necesitan colaboradores en el terreno que piensan ocupar.

- Es lo correcto en estrategia. Un colaborador puede no ser necesario, pero siempre resulta útil, si se encuentra.

- Justamente - convino Stuart -. Bien, «ellos», quienesquiera que sean, necesitan colaboradores. En Villafeliz precisan de personas de cierto relieve: policías, médicos, educadores, dirigentes... Ahora bien, puede resultar que los métodos ordinarios no les proporcionen esos colaboradores.

- Y entonces emplean métodos nuevos. - Primero, montan unos establecimientos en apariencia extraplanetarios. Atraen la atención de la gente; es preciso reconocer que el «gancho» de las tres tiendas resulta extraordinario.

- Sí, Stuart.

- La gente compra. Muchos, atraídos tal vez con engaños, entran en el interior de las tiendas. Allí son sustituidos por robots, sustitución que, sin embargo, no dura mucho tiempo: una semana o dos, como máximo.

- En efecto. Pero ¿qué hacen con las personas, mientras los robots actúan en su lugar?

- Una cosa muy sencilla, Myra: acondicionarlos mentalmente.

Mira inspiró con fuerza. - ¿Lavado de cerebro?

- Sí, exactamente.

- Parece demasiado, Stuart.

- No, no lo creas. Ahora, Pedro, Tomás y Roy y todos los restantes, actúan con entera normalidad. Pero en el fondo de sus subconscientes, tienen grabada una orden, que sólo surgirá a la superficie en un momento dado, cuando alguien crea llegado el momento de la invasión.

Myra se quedó pensativa unos instantes.

- Sí - dijo al cabo- es probable que, durante su estancia en esos cajones, les hayan grabado determinadas órdenes en el subconsciente. Esas órdenes deben de referirse, sin duda, al plan de invasión, y aflorarán en el momento en que alguien haga actuar una clave determinada.

- Exactamente, Myra, así es como pienso yo. - Stuart, ¿no podremos evitar que el... jefe de la invasión dé la orden de actuar?

- Tendremos que intentarlo, muchacha. - ¿De qué manera, Stuart?

- No hay más que una: arriesgada, pero creo que dará resultado. Y, en último caso, echaríamos mano del profesor Becouny.

- ¿Becouny? - dijo ella, extrañada -. ¿Qué puede hacer en este caso, Stuart?

El joven sonrió.

- Más de lo que tú te piensas- contestó. - Con tal de que no sea otro invasor - dijo Myra con acento pesimista.

- Esa idea no se me había ocurrido a mí, aunque, de todas formas, estimo que Becouny no tiene nada que ver con los invasores.

* * *

El dueño del «Bazar Marciano» recibió una carta que le dejó perplejo y desconcertado:

La carta decía:

Estimado señor:

Para tratar de su declaración de impuestos,
le ruego sirva pasarse por mi despacho, domicilio
del membrete de la presente, hoy, sin falta, a las
siete y media de la tarde, con cuantos datos
personales le sea posible aportar al respecto.

Suyo afectísimo,

S. Brenn, abogado.

El dueño de la «Farmacia Venusina» y del «Bar Jupiterino» también recibieron cartas análogas.

* * *

ltr Brgizz llamó a la puerta y esperó unos segundos. Una encantadora muchacha, de pelo negro y audaz vestimenta, le dirigió una encantadora sonrisa. - ¿En qué puedo servirle, señor?

- He sido citado aquí por el abogado Brenn. Soy Itr Brgizz - manifestó el recién llegado.

- Ah, sí, señor Brgizz, en efecto. Pase usted, tenga la bondad. Por aquí, sígame, se lo ruego.

- ¿Es usted empleada del abogado Brean? - preguntó Brgizz.

- Su secretaria. Me llamo Myra Shadd. - Ah.

Myra condujo al visitante hasta un salón de recibo, amueblado con buen gusto y muebles cómodos y lo dejó solo unos momentos.

- El abogado está atendiendo a un cliente. Vendrá enseguida- manifestó.

- Sí, señorita.

Brgizz se sentó en el borde de un sillón, muy rígido, manteniendo sobre las rodillas una cartera de cuero negro que había traído consigo.

Poco después entró otro cliente.

Era Gssfoss. Brgizz le saludó con una ligera inclinación de cabeza.

Gssfoss tomó asiento en el lado opuesto de la estancia. También traía una cartera negra consigo. Un minuto más tarde, llegó Bmnlbï D. Saludó a los otros dos y se sentó igualmente, también con su

cartera negra, muy parecida a las otras.

Stuart apareció a los pocos momentos, seguido de Myra, quien llevaba en las manos un cuaderno de notas y un lápiz.

- Caballeros, soy el abogado Brenn - se presentó el joven -. A mi secretaria creo que ya la conocen. - En efecto - dijo Brgizz -. Ahora desearía saber qué error he cometido con mis declaraciones de impuestos y por qué, usted, un abogado particular, tiene que llamarme para ese asunto, sin que yo haya requerido sus servicios.

Stuart sonrió amablemente:

- Hablando con toda franqueza, caballeros, sus declaraciones de impuestos me importan un rábano. Lo que importa verdaderamente es la identidad de ustedes tres y lo que están haciendo en Villafeliz.

Capitulo XI

Gssfoss se removió inquieto en el asiento. Stuart continuó:

- He estado observándoles disimuladamente desde la habitación contigua. Los tres han simulado perfectamente no conocerse entre sí, pero esto es imposible, porque están desempeñando una misma misión. ¿Se lo digo claramente?

- Esto es una broma pesada - declaró D, el dueño del bar.

- ¿Qué me dice del almacén de personas que tiene en la habitación secreta? - preguntó Stuart -. Y usted también, Brgizz, como usted igualmente, en su farmacia, Gssfoss. Almacén de personas o de robots, según las circunstancias.

- Este hombre está loco - dijo Brgizz.

- ¿Hemos de continuar soportando que nos insulten?- exclamó Gssfoss, airadamente.

- Yo mismo, en persona, he visto esos almacenes de personas y de robots - dijo Stuart sin inmutarse -. Es más, he conseguido capturar uno de sus robots, precisamente el que «duplicaba» al policía Tomás Buckett. En este momento, lo está examinando un científico de valía.

Brgizz acusó el golpe.

- De modo que entró allí - dijo.

- ¿Cómo supo que era un robot? - inquirió Gssfoss.

- La duplicación era perfecta - añadió D. Stuart sonrió.

- ¿Qué son ustedes? ¿Personas o robots? Vamos, no teman contestar; estamos entre amigos- les dijo con ironía.

- Seres humanos, no faltaría más- contestó Gssfoss orgullosamente.

- Pero, en su aspecto normal, ¿tienen la figura con que ahora aparecen en público?

- Oh, claro que sí - dijo D. -. ¿Acaso piensa que somos unos monstruos verdosos con tres pares de ojos y tentáculos?

- ¿Por qué ha hecho esa pregunta, abogado? - quiso saber Brgizz.

- Muy sencillo. Al sustituir a las personas por robots, cometieron un grave error.

- ¿De veras?- preguntó D. - Sí.

- La imitación era perfecta. Nadie se dio cuenta de la sustitución - afirmó Gssfoss.

- Hubiera sido perfecta, de no haberse tratado, en algunos casos,

de personas casadas - dijo Stuart. - ¿Cómo? - se sorprendió Brgizz.

- La señora Buckett se alarmó al notar el desvío afectivo de su marido y vino a consultarme.

- Pero ella no podía saber... Stuart sonrió.

- Es una mujer todavía joven y atractiva, y a la fuerza tenía que sentir extrañeza por el hecho de que su esposo se fuera a dormir al cuarto de los huéspedes, sin existir motivos aparentes para semejante desafección.

- Hombre - dijo D- la verdad es que calculamos que una semana o dos no causarían demasiada extrañeza en personas que se encontrasen en tales circunstancias.

- Se ve que no conocen bien el alma femenina - dijo Stuart -. Puede que haya habido muchas esposas, muchos cónyuges, mejor dicho, puesto que los casos de «tratamiento» se han producido imparcialmente en ambos sexos, que no hayan dado una importancia excesiva al caso, pero en otros, el cónyuge no afectado se ha sentido receloso.

- Y por ahí se ha descubierto el «pastel» - habló Gssfoss.

- Una frase típicamente terrestre - admitió el joven, sonriendo.

- Es lo mismo - contestó D -. Nada ni nadie puede detener ya nuestra acción.

- La ciudad está prácticamente en nuestras manos- afirmó Brgizz, con acento que no dejaba lugar a dudas.

* * *

Después de las palabras del dueño del bazar, hubo una corta pausa de silencio.

D sonreía.

- Hemos triunfado- dijo, rompiendo el silencio. - Villafeliz es la ciudad piloto elegida para nuestra primera experiencia de invasión - añadió D -. Los resultados no han podido ser más halagüeños.

- Hay ya unas doscientas personas que secundarán nuestros planes el momento conveniente- declaró Brgizz.

- Y todavía estamos tratando a otras doscientas - dijo Gssfoss.

- Me siento aterrada - murmuró la muchacha, silenciosa hasta aquel momento.

- No temas, Myra - dijo Stuart -. Estos caballeros han venido a la Tierra desde Dios sabe qué remoto rincón del Universo, pero nosotros vamos a frustrar sus planes.

Brgizz sonrió desdeñosamente.

- Sus armas son ridículas, comparadas con las nuestras -

amenazó.

- No todas las armas son pistolas - contestó el abogado- -. La inteligencia también es un arma.

- ¡La inteligencia! - bufó D-. ¿Puede compararse la suya a la nuestra?

- E incluso superarla, porque pienso derrotarles. Los tres invasores soltaron la carcajada. - Qué divertido.

- Un chiste muy bueno.

- ¿Por qué no se dedica al teatro cómico, abogado?

- Veo que conocen bien las costumbres terrestres - dijo Stuart, impasiblemente -. Sin duda llevaban ya mucho tiempo en nuestro planeta, preparando su plan de acción.

- Desde luego - admitió Gssfoss -. No se puede iniciar una operación sin un conocimiento previo del terreno.

- Una regla de oro de la estrategia - calificó el abogado -. Pero, insisto, voy a derrotarles, a menos que...

- ¿A menos que... ?- repitió D.

- Abandonen sus proyectos en el plazo de veinticuatro horas.

- El terrestre tiene ganas de broma - dijo Brgizz despectivamente.

- Lo admiro; no pierde el sentido del humor - dijo Gssfoss.

- No traemos documentos en las carteras - manifestó D - - Traemos armas. ¿Se imagina lo que esto significa?

Stuart no se inmutó.

- ¿Acaso me toma por tonto? Ya me figuraba que esas carteras contendrían algo más que papeles. Pero, en su lugar, yo no intentaría usar las armas. Brgizz respingó.

- ¿Qué quiere decir, abogado?

- Sencillamente, que son inútiles, que no sirven para nada.

- Demuéstrelo - lo desafió D.

- A1 entrar en la casa, han pasado bajo un arco invisible de electrones, que ha alterado la estructura atómica de los componentes del arma. Aparentemente, no ha sufrido daño alguno, pero sus mecanismos han quedado inutilizados por completo.

Gssfoss lanzó un juramento.

- Nos ha tendido una trampa - barbotó.

- ¿Y qué es lo que han estado haciendo ustedes con los desdichados a quienes «trataban» en sus establecimientos?

Brgizz se puso en pie.

- Hemos terminado - declaró -. Seguiremos adelante.

- Usted no podrá impedirlo - le retó D.

- Y si lo divulgase, nadie le creería- afirmó Gssfoss.

Stuart sonreía.

- En medio de todo, no han causado daños físicos ni han matado a ninguna persona - contestó -. Por esta razón, les doy veinticuatro horas para que desistan de sus planes, en lugar de atacarles ahora mismo a tiros con un anticuado, pero confiable revólver terrestre. Vamos a separarnos en paz, ustedes a su planeta y nosotros al nuestro.

Y si un día quieren entablar relaciones con nosotros, vengan a cara descubierta, expongan sus deseos y serán atendidos. Somos corteses y hospitalarios con los extraños, al menos, en la mayoría de los casos. Pero no nos gusta que nadie nos avasalle. - Tomamos nota de sus palabras, abogado- contestó D.

- Y rechazamos su ultimátum- dijo Brgizz. Gssfoss le dirigió una pregunta venenosa:

- Abogado, ¿sabe usted siquiera si no ha sido sustituido por un robot durante una o dos semanas?

- Usted quiere sembrar la duda en mi ánimo - contestó Stuart -. Sólo le diré una cosa: las veces que he estado en sus trastiendas, no ha sido precisamente a invitación de alguno de ustedes, como ha sucedido en los demás casos.

- Están derrotados - habló Myra -. Recojan sus trastos y lárguense de nuestro planeta.

- Seguiremos aquí - afirmó D.

- Sus armas no pueden contra las nuestras - añadió Gssfoss.

- Ése es su error, caballeros, pero no voy a sacarles de él si desatienden mi intimación. La práctica les hará ver lo duro de la caída que van a sufrir y de la que no se podrán levantar.

Ya no hubo más palabras. Los tres invasores» se marcharon, dejando solos a Stuart y a Myra. - Necesito una taza de café- dijo él.

- Yo lo prepararé - se ofreció la muchacha -. Stuart, ¿de veras habías inutilizado sus armas?

El joven se echó a reír.

- Fue un truco psicológico- contestó. - ¿Cómo?

- No había tal arco de electrones ni cosa por el estilo. Pero ellos se lo creyeron y no se atrevieron a usar sus armas, temiendo que les explotasen en las narices. A cualquiera le hubiera pasado lo mismo, Myra.

Ella soltó una alegre carcajada.

- Eres diabólico, Stuart. ¿Qué podían llevar en las carteras? ¿Pistolas atómicas?

Stuart se encogió de hombros.

- No lo sé, ni interesa demasiado - contestó -. Tampoco querría

tener un ejemplar de esa clase de armas; bastantes hay ya en el planeta para añadir una de nueva especie. Lo que quiero es que se marchen de una vez.

- Han dicho que se quedan. - Lo sé, nena, pero los echaremos - ¿De qué manera?

- Espera unos momentos y lo sabrás - contestó Stuart.

* * *

- De modo que usted paseaba por delante de mi casa cuando, sin saber cómo, perdió una dimensión. - Así es, profesor - contestó por su marido la señora Morgan -. Es terrible tener que vivir con un esposo que no es sino una lámina de papel pintado... Becouny sonrió comprensivamente.

- La culpa no es mía, señora Morgan - dijo -. Pero voy a ver si lo remedio. ¿Señor Morgan? - Diga, profesor- contestó el aludido.

- Sitúese allí, en aquella pared, bajo el tragaluz, por favor.

- Sí, profesor.

Morgan cruzó el laboratorio y se colocó en el lugar indicado. Becouny empezó a manipular en su máquina del tiempo.

- De perfil, por favor- rogó.

Morgan giró, un cuarto de vuelta a su izquierda. Su esposa contemplaba la escena llena de ansiedad. Un sordo zumbido brotó de pronto de la máquina, agudizándose rápidamente, hasta convertirse en un penetrante chillido. Morgan desapareció de repente. - ¡Se ha ido! - gimió la señora Morgan.

- ¡Nelly, Nelly! - gritó el paciente- ¿Qué me ha pasado? ¿Dónde estoy?

- Calma, señor Morgan - rogó Becouny -. No le sucede nada, no hay motivos de alarma. Solamente ha perdido usted dos dimensiones.

- ¡Dos dimensiones! ¿Le parece poco?

- Aún tiene que perder la tercera - contestó el profesor inflexiblemente.

El chillido se hizo insoportable. La señora Morgan lloraba.

- Ya no lo veré jamás...- dijo desconsoladamente la mujer.

Becouny no dijo nada; en completa tensión, con los labios prietos, contemplaba fijamente las indicaciones de los instrumentos.

Pasaron algunos segundos. El sonido se había hecho prácticamente inaudible, debido al elevadísimo número de vibraciones por segundo.

De repente, Becouny dio media vuelta a una llave. Bajó una

palanquita y el chillido cesó.

Una figura humana apareció de repente bajo el tragaluz. La señora Morgan pegó un grito estentóreo:

- ¡John!

Morgan se volvió y sonrió. - Parece que estoy entero- dijo.

- Y con sus tres dimensiones - confirmó el profesor, sonriendo.

CAPÍTULO XII

- Por fin pude devolver a Morgan su normal estado tridimensional - dijo Becouny -. El hombre se fue muy aliviado.

- Se comprende - sonrió Stuart -. Después de haber vivido una temporada como una pintura egipcia, casi le debió de parecer que resucitaba.

- ¿Seguirá con sus experimentos espaciotemporales, profesor? - preguntó Myra.

- Por supuesto. Necesito perfeccionar aún más mi máquina del tiempo; por ahora, el alcance es relativamente limitado y yo quiero viajar sin limitación a cualquier época.

- ¿Pasada o futura?- inquirió Stuart.

- Lo mismo da. El caso es viajar a través de las edades. Incluso pienso construir una máquina mayor, para más plazas - aseguró Becouny -. Viajar solo, en según qué ocasiones, puede resultar aburrido. Stuart levantó una mano.

- No cuente conmigo como pasajero, profesor - dijo -. Me siento muy a gusto en la época que me ha tocado vivir.

- No faltarán tipos curiosos que sientan deseos de saber qué ocurrió en el pasado o lo que les aguarda en el futuro - sonrió el profesor. Miró a la muchacha y sonrió - : Preveo que muy pronto me quedaré sin mi linda secretaria.

Myra se, ruborizó.

- Ése es un tema secundario por ahora, profesor - contestó.

- Hay otro más urgente - manifestó Stuart. Becouny levantó las cejas.

- ¿Cuál, por favor?

- El del ensayo de invasión por parte de unos seres extraterrestres.

Hubo un momento de silencio. Becouny parecía estupefacto.

- ¿He oído bien?- preguntó al cabo.

- Sí, profesor - confirmó la muchacha -. Lo que ha dicho Stuart es absolutamente cierto. - ¡Caramba! - exclamó Becouny -. Yo creí que esas cosas no podían ocurrir.

- Pero han sucedido y están sucediendo - afirmó Stuart -. Más de doscientas personas de Villafeliz están ya sujetas a la voluntad de los invasores y otras doscientas están en tratamiento, para acondicionar sus mentes y hacerles obedecer sus órdenes en el

momento que lo juzguen necesario.

- Si no contraatacamos pronto, la invasión se consumará y Villafeliz será de «ellos»- añadió Myra. - Han elegido Villafeliz como ciudad piloto para su ensayo de invasión - continuó el joven- Si les sale bien, y hasta ahora han tenido pleno éxito en sus acciones, ampliarán su radio de acción a otras ciudades, cada vez más grandes y en distintos puntos del globo, hasta que, al fin, el planeta sea suyo. - Pero ¿de dónde vienen esos extraños? - preguntó Becouny.

Stuart se encogió de hombros.

- Su origen es lo de menos. Habrán venido de las profundidades del espacio, de algún sistema solar lejanísimo... pero lo que sí importa son sus intenciones. - Y necesitamos de usted que nos ayude.

- ¿Yo? ¿Qué puedo hacer, pobre de mí? - se lamentó Becouny.

- Conjurar definitivamente el peligro de invasión - afirmó Stuart tajantemente.

* * *

El profesor escuchó con infinita atención el relato que Stuart le hizo de los hechos ocurridos hasta entonces. Stuart hablaba de un modo sobradamente persuasivo para que Becouny dudase de sus palabras.

- Sí, les ayudaré - dijo, cuando el joven hubo terminado de hablar -. Ya lo creo que les ayudaré... aunque, de momento, no se me ocurre ningún plan. - Yo ya lo he pensado - sonrió Stuart -. Se trata, simplemente, de que me enseñe usted a manejar su máquina del tiempo.

- Lo difícil es construirla - sonrió el profesor -. Pasa igual que con los automóviles; es fácil aprender a conducir, pero costaría mucho si cada conductor tuviese que construir el suyo desde la tapa del radiador hasta la placa de la matrícula posterior.

- Una metáfora muy acertada - convino el joven -. ¿Cuándo iniciamos la primera sesión de aprendizaje?

- Ahora mismo - contestó el profesor.

* * *

- Esa pareja de jóvenes representa un peligro para nuestros planes - dijo Gssfoss.

- Pueden arruinar los planes que hemos trazado con tanto

cuidado - especuló D.

- Por tanto, se impone la desaparición de la pareja, a fin de que nuestros proyectos no sufran perturbación - declaró Brgizz.

- ¿Algún plan para traerlos aquí? - sugirió Gssfoss.

- No querrán venir - dijo D.

- Fuimos muy descuidados - se lamentó Brgizz. - Sí, nos creímos demasiado seguros y descuidamos la vigilancia - concordó Gssfoss.

- Por tanto, ya saben lo que se van a encontrar - Eso quiere decir que no vendrán voluntariamente. Por tanto, hay que obligarles a venir - dijo Brgizz.

- ¿De qué manera?- preguntó Gssfoss. D sonrió.

- No es difícil - contestó -. ¿Tanto nos cuesta dar una orden?

- ¿A quién? - quiso saber Brgizz.

- Oh, sobra gente que nos obedezca.

- Envía a alguien con autoridad - aconsejó Gssfoss.

- Un policía. - Exactamente.

- Está bien - decidió D-. Lo enviaremos ahora mismo.

- Y cuando estén aquí, les curaremos de la manía de ver invasores por todas partes- dijo Brgizz en tono sarcástico.

- ¡Invasores! ¡Qué absurdo! - exclamó Gssfoss -. ¿Quién hay lo suficientemente loco como para decir que este planeta está siendo invadido?

Los tres individuos rieron estrepitosamente. Luego, de pronto, D se puso serio y dijo:

- Hay algo que me preocupa, compañeros. - ¿Qué es? - preguntó Gssfoss.

- El agente VYV- 60. Siempre se opuso a nuestro plan de invasión. Decía que era anticuado y ridículo y que ya no se =llevaba».

- Vamos, un plan de invasión «out». - ¿Acaso el suyo es un plan de invasión «in»?

- Por lo visto - dijo Gssfoss con desprecio -. Pero no hagamos caso de él; de la forma en que pretende llevar a cabo sus planes, no lo conseguirá jamás.

- Cualquier día de estos le ordenarán regresar para rendir cuentas. Le va a salir muy caro.

- No es posible desviarse de las normas. La juventud cree que lo sabe todo y lo único que hacen es cometer error tras error.

- La experiencia, amigos míos, la experiencia y los años; eso es lo que cuenta- concluyó Brgizz sentenciosamente.

* * *

Stuart se apeó de la máquina, dio una vuelta a su alrededor, contemplándola con ojos maravillados .y luego fijó la vista en el profesor.

- No acabo de creerlo - dijo -. He ido al siglo pasado...

Becouny sonrió.

- Dentro de poco, se podrá viajar a épocas primitivas - contestó -. Bien, ¿cuándo empieza usted? - Pues...

En aquel momento sonó el llamador de la puerta. - Yo iré - dijo Myra.

La chica abandonó el laboratorio y llegó a la puerta de la calle. Abrió y se encontró ante un hombre de uniforme.

- Hola, Tomás - sonrió.

- ¿Qué tal, señorita Shadd? - saludó el guardia -. ¿Puedo pasar?

- Desde luego, ¿Qué sucede? Tomás meneó la cabeza. - Tengo malas noticias para ustedes- contestó. - No me alarme, Tomás - dijo ella.

- Sí, señorita. - El guardia metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó un documento -. Esto es un mandato de detención contra usted y el abogado Brenn- declaró.

Myra se puso pálida.

- ¿Hemos cometido algún delito?- preguntó. - El documento lo dice bien claro: tentativa de asesinato.

- Pero...

Myra empezó a sospechar que se trataba de una jugarreta de los invasores.

- Está bien, Tomás - dijo -. ¿Quiere esperar aquí un momento?

- No faltaría más, señorita.

La muchacha dio media vuelta y corrió al laboratorio.

- ¡Stuart! Tomás está arriba. Trae un mandamiento judicial contra nosotros.

Stuart respingó.

- ¿Cómo? ¿Qué estás diciendo?

- Ya lo has oído. El documento es legal; yo misma lo he leído.

El joven crispó los puños.

- No hay duda, también los jueces son prisioneros mentales de los invasores- dijo.

Myra se sentía llena de angustia. - ¿Qué vamos a hacer, Stuart? - gimió.

- No hay más que una solución - contestó él -. Actuar cuanto antes.

- ¿Va a usar la máquina? - preguntó Becouny. - Si no tiene

inconveniente, profesor...

- Ninguno.

Stuart se volvió hacia la joven.

- Escucha - dijo- quédate aquí y procura entretener a Tomás todo lo que puedas. Si no tiene otro remedio, ve con él y acompáñale a la Comisaría. Pide un abogado, solicita que te pongan en libertad mediante fianza, haz... lo que se te ocurra; el caso es ganar tiempo, ¿comprendes?

- Sí, Stuart - contestó ella, con ojos muy brillantes -. ¿Qué le digo si me pregunta por ti? - Sencillamente, dile que no me conoces - replicó él, a la vez que se sentaba ante los mandos de la máquina.

Instantes más tarde, había desaparecido.

CAPÍTULO XIII

Stuart ajustó los controles de tiempo con rápidas y fugaces apariciones, hasta conseguir surgir en la época que estimaba adecuada.

Apareció a altas horas de la noche, frente al «Bazar Marciano». Trabajó un buen rato y luego se fue, sucesivamente, a la farmacia y a la taberna. Era la víspera de la inauguración de los tres locales.

Al día siguiente, los que pasaban por la acera leyeron un rótulo:

VAZAR MARZIANO

Hartículos himportados de Marte

¡Lo megor de la hartesanía marziana!

Prezios varatísimos.

El rótulo de la farmacia quedó también «ligeramente» 'modificado:

MARMAZIA BENUZINA

Húnica hautorizada para la benta

del famoso

HELISIR DE LARJA BIDA

Kompre un f nazco de nueztro helisir y

¡BIBA SOLO HUN HAÑO!

En cuanto a los rótulos del bar, no quedaron precisamente como para atraer a la clientela:

VAR GUPITERINO

Los pehores binos de Gúpiter.

¡No veva, perforan el hestómago!

NOTA: *Baya al van de lahesquina;*

hahí sí que dan vuen bino.

* * *

La gente pasaba por delante de los establecimientos y reía a mandíbula batiente. Detrás del mostrador de su bazar, Brgizz se sentía profundamente desconcertado.

- ¿Qué diablos les pasará?- se preguntaba.

A Gssfoss y a D les pasaba tres cuartos de lo mismo. Brgizz halló la explicación cuando salió a la calle y leyó el rótulo.

Casi estuvo a punto de desmayarse.

- ¿Cómo es posible que hayamos cometido un error semejante?- se lamentó aquel mismo día, en una reunión secreta celebrada con los otros dos invasores.

- La gente se burla de nosotros. - Nos toma por chiflados.

- Un guardia me ha visitado y me ha dicho que conviene que rectifique pronto; que no quiere alteraciones de orden público en su demarcación.

- Esta misma noche, - aseguró Brgizz - dejaremos los rótulos como deben estar. Un día de retraso, a fin de cuentas, no tiene mayor importancia.

Brgizz, Gssfoss y D trabajaron aquella noche como negros. Cerca del amanecer se retiraron a dormir. - Hoy se inicia la invasión - dijo el primero, satisfecho de su labor.

Por la mañana, abrió el bazar y se frotó las manos, satisfecho, esperando la entrada de clientes. Pero la gente pasaba de largo.

Brgizz se alarmó.

- ¿Qué diablos ocurre aquí?- masculló.

A Gssfoss y a D les sucedía algo parecido; nadie reparaba en sus tiendas.

Brgizz quiso averiguarlo. Fue a salir a la calle,

pero se golpeó las narices con el cristal de la puerta. Tanteó con ambas manos. La puerta no cedía. Tuvo que usar la salida posterior. Dio la vuelta a la manzana, se situó ante la fachada del bazar... ¡y se encontró con que no había ningún rótulo!

La puerta estaba asegurada exteriormente con un fuerte candado. Brgizz empezó a dudar de la integridad de su mente.

- Juraría que esta noche pasada he estado colocando un rótulo...

Gssfoss y D decían cosas parecidas- Ninguno de los dos entendía lo que estaba pasando. - Tendremos que vigilar toda la noche- decretó Brgizz en la siguiente reunión.

La vigilancia no dio ningún fruto. Pero el primer cliente que entró a la mañana siguiente en el bazar pidió un vaso de vino.

- Aquí no vendemos vino, señor - contestó Brgizz amablemente.

- Entonces, ¿por qué diablos lo anuncian? - dijo el hombre, indignado.

Y se marchó echando pestes de una taberna donde no vendían vino.

A Gssfoss una señora le pidió un florero marciano. Gssfoss le

contestó que no tenía floreros y sí frascos de elixir de larga vida. La mujer le miró como si estuviese loco y salió de la tienda a todo correr.

A D le pidieron aspirinas. D contestó que despachaba en un bar, no en una farmacia. El cliente, indignado, le tiró un taburete a la cabeza y· luego se fue en busca de un lugar donde pudieran aliviarle de la jaqueca que sentía.

* * *

- Creo que no ensayamos bien los métodos de invasión- dijo Brgizz.

- Saca los planes escritos que redactamos antes de emprender el viaje - pidió D.

- Yo creía haber abierto una farmacia y me encontré con que me pedían floreros marcianos - se lamentó Gssfoss.

Brgizz abrió una gran cartera negra, llena de papeles.

- Estuvimos dos años seguidos en Villafeliz, estudiando sus costumbres, como unos trabajadores corrientes - dijo -. Los planes fueron redactados con toda meticulosidad, discutiendo hasta el último detalle. No comprendo cómo ahora podemos fracasar tan lamentablemente.

- A ver, dame la instrucción número 1- A - solicitó D.

Brgizz le entregó una hoja de papel. D empezó a leer:

- «Receta para invadir un planeta: Tómense dos cebollas tiernas, pélense cuidadosamente y mézclense con un kilo de plutonio; añádanse siete kilos de limaduras de hierro ... Pero ¿qué es esto?- chilló.

Gssfoss tomó una segunda hoja:

- «¿Quiere usted ser invasor? Estudie nuestros

cursos de invasor por correspondencia. Invada planetas por sólo cinco dólares al mes ...» - Gssfoss lanzó un gemido - : Yo me voy a volver loco.

D leyó la tercera hoja:

- Invasor que vienes a invadir, invade siempre por la derecha y sigue siempre los consejos de los agentes de tráfico de invasión, a fin de no perjudicar los derechos de otros invasores. «¡Invade adecuadamente!

- Tenemos que hacer algo - dijo Brgizz -. Alguien nos está combatiendo y es preciso que lo encontremos y acabemos con él.

Las tiendas se abrieron al día siguiente con entera normalidad. Apenas levantó Brgizz el cierre de su bazar, entró un agente de

policía.

- Buenos días, señor. Soy el agente Malcolm, de servicio en la demarcación - saludó cortésmente - ¿Es usted el dueño del bazar?

- Sí, agente. Me llamo Itr Brgizz...

- Ya, ya, una desgracia como otra cualquiera. Tengo entendido que viene usted a invadir.

Bgrizz se quedó viendo visiones. - ¿Cómo ha dicho, agente?

- Aquí no nos importa que nos invadan - siguió el guardia, impasible -. En este planeta, hay libertad de invasión; ahora bien, eso sí, es preciso tener el permiso de invasión, pero no porque no se pueda invadir, sino a efectos de satisfacer los impuestos. ¿Tiene el permiso de invasión?

- Pero...

- A la tarde vendré a pedírselo - manifestó el agente muy serio -. Si para esa hora, no ha conseguido el permiso de invasión, entonces, sintiéndolo mucho, tendré que decirle que se vaya a invadir otro planeta.

El guardia se marchó. Brgizz estaba a punto de echarse a llorar.

- Yo me marcho - dijo en la siguiente reunión -. No quiero seguir un minuto más en este maldito planeta. Si continúo veinticuatro horas más aquí, acabaré por volverme loco.

- Espera, no corras tanto- dijo Gssfoss. - ¿Qué pasa? - preguntó Brgizz.

- Me marcho contigo. - Yo también- dijo D.

A la mañana siguiente, un hombre declaró haber visto despegar de una colina cercana un platillo volante. Nadie le creyó; era un tipo que tenía el vicio de empinar el codo con más frecuencia de lo habitual.

Además, todo el mundo veía platillos volantes y eso no era ya ninguna noticia.

* * *

- ¿Dónde está Myra?- preguntó Stuart.

- Ha salido - contestó el profesor -. Volverá pronto.

- La esperaré aquí- decidió el joven. - ¿Ha salido todo bien?- inquirió Becouny. - A la perfección.

Stuart relató al profesor las peripecias de los invasores. Becouny rió hasta que le dolieron los costados.

- De modo que les cambiaba los rótulos...

- Claro, actuaba en el momento en que ellos iban a iniciar sus planes de invasión. Por tanto, lo que ha ocurrido después, no llegó a

tener lugar realmente.

- Es lógico. Ello significa que ya no hay nadie sujeto mentalmente a los invasores.

- No, porque no han sufrido tratamiento alguno. Ni el bazar, ni la farmacia ni el bar han llegado a existir.

- Y a usted, ¿no le conocieron cuando se hizo pasar por el agente Malcolm ?

- Ni habían tenido tiempo todavía de conocerme. Sí, llevaban tiempo en Villafeliz, pero hay más de un policía.

- Claro, claro. - Becouny consultó el reloj- Parece que Myra se retrasa.

Stuart sonrió.

- No importa - dijo -. Voy a encontrarla rápidamente.

* * *

Los locales donde habían estado el bazar, la farmacia y el bar estaban ocupados por personas corrientes y negocios corrientes. Stuart lo comprobó con satisfacción.

Luego entró en una floristería y compró un hermoso ramo de rosas rojas.

Acto seguido se fue a una esquina y se puso a esperar. No permaneció allí demasiado rato.

Una hermosa muchacha de pelo negro se detuvo ante él y le miró con expresión sonriente.

- Esas flores, ¿son para mí? - preguntó.

- Si las quiere...

- Me las quedo. Muchas gracias, señor...

- Brenn, Stuart Brenn.

- Yo soy Myra Shadd. Hola, Stuart.

- Hola, Myra.

* * *

- De modo que la invasión fracasó - dijo el Núm. 2.

- Nada de eso. Sigue su curso normal - contestó el Núm. 1.

- ¿Cómo puede ser, si los tres agentes volvieron fracasados de su misión? - exclamó el Núm. 3.

El Núm. 1 sonrió.

- Tengo aquí el informe del agente VYV- 60 - dijo -. Su proyecto está dando buenos resultados. Los señores Brenn tienen ya tres hijos y, según los test poseerán una inteligencia excepcional.

- Un plan demasiado largo - refunfuñó el Núm. 2. - ¿Qué prisa tenemos? Podemos esperar tranquilamente unos cuantos siglos. Los hijos de Stuart y Myra se casarán y tendrán otros hijos y así sucesivamente... y llegará un día, aunque nosotros no lo veamos, que todos sus descendientes lleguen a poblar la Tierra. Ese día, se habrá consumado la invasión.

- No está mal - aprobó pensativamente el Núm. 3 -. Pero me asalta una duda.

- ¿Cuál?

- El agente VYV- 60. A1 quedarse en la Tierra, ha de acomodar su existencia a la duración normal de la de un terrestre cualquiera.

El Núm. 1 hizo un ligero gesto.

- Eso no le importará demasiado - respondió -. Para él, el tiempo correrá en la Tierra con la misma rapidez que le correría aquí. Proporcionalmente, vivirá allí el mismo tiempo que habría vivido aquí; al hallarse en otro ambiente distinto, su organismo se acomoda a ese ambiente en todos los sentidos.

- Entiendo.

- Pero, bueno, ¿cuál de los dos es el agente VLV60? - preguntó el Núm. 2 -. ¿Stuart o Myra?

El Núm. 1 sonrió maliciosamente.

- Uno de los dos - contestó. Y terminó - : Ese detalle no tiene mayor importancia. El caso es que VYV- 60 ha triunfado allí donde los otros fracasaron.

FIN